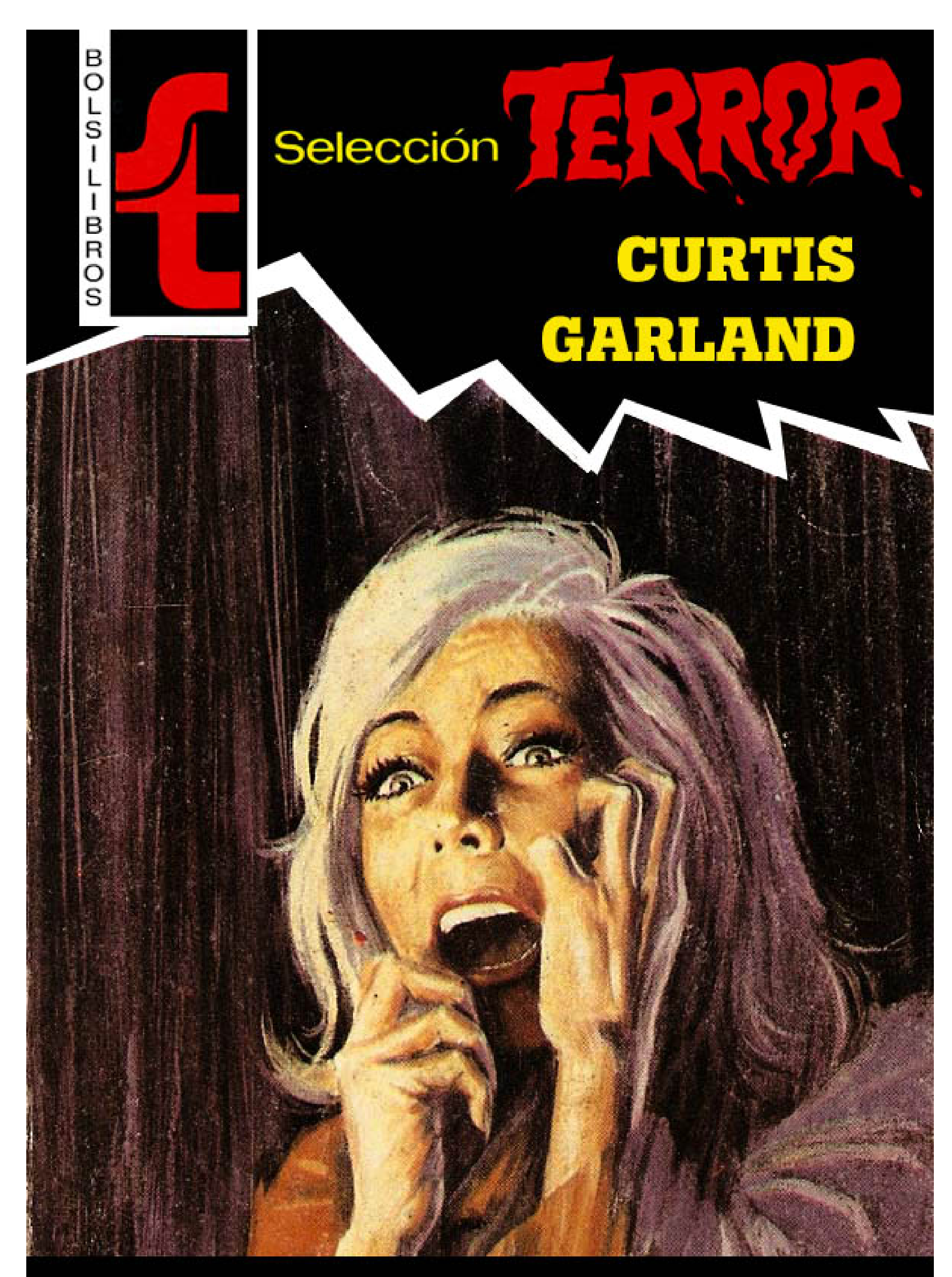


MIEDO EN EL ORIENT EXPRESS

Brian Jefford entró aterido en la Gare de L'Est. Fuera del ámbito ferroviario, apestando a carbonilla y con la atmósfera enturbiada por el vapor de las grandes y negras locomotoras que, como monstruos jadeantes de hierro se alineaban en diversas vías, París era un paisaje blanco y gélido bajo la nevada intensísima de aquellos crudos días invernales de 1910. El automóvil de sus buenos amigos parisinos, los Duprez, se alejaba ya en la nevada rúa, tras despedirle a la entrada de la estación.

«Uf, esto es para congelarse —comentó entre dientes Brian Jefford, soltando una densa vaharada de vapor por sus labios, mientras se frotaba las manos, cubiertas por los guantes de cabritilla, tras dejar en tierra sus dos maletas, junto al puesto de periódicos donde aún se hablaba en grandes titulares de la formación de la reciente Unión Sudafricana, donde sólo unos pocos años antes sus compatriotas luchaban denodadamente contra los bóers, hasta que éstos depusieron sus armas y acataron a Eduardo VII como su legítimo soberano, según las condiciones de paz del tratado de 1902. Ahora, ya ni el propio rey Eduardo existía ya. Tras recorrer con crítica mirada el repleto andén, añadió para sí con gesto contrariado—: Y luego dicen que es en Inglaterra donde los inviernos son insoportables…».

Cargó de nuevo con su equipaje, con aire resignado y se abrió paso entre un pintoresco y heterogéneo gentío formado por ruidosos mozos de equipajes, un comitiva de hindúes de majestuosos turbantes y brillantes casacas, unos periodistas que rodeaban a algún conocido personaje de la actualidad parisina, vendedores de provisiones para los viajes largos, puestos de bebidas, de almohadillas y de un sinfín de cosas más.

Alcanzó trabajosamente el sexto andén, donde un rótulo anunciaba con caracteres destacados:

ORIENT EXPRESS. Salida, a las 9.30



Curtis Garland

Miedo en el Oriente Expres

Bolsilibros: Selección terror - 583

ePub r1.2
brusina 03.12.14

Título original: *Miedo en el Oriente Expres*
Curtis Garland, 1984

Editor digital: brusina
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO I

Brian Jefford entró aterido en la Gare de L'Est. Fuera del ámbito ferroviario, apestando a carbonilla y con la atmósfera enturbiada por el vapor de las grandes y negras locomotoras que, como monstruos jadeantes de hierro se alineaban en diversas vías, París era un paisaje blanco y gélido bajo la nevada intensísima de aquellos crudos días invernales de 1910. El automóvil de sus buenos amigos parisinos, los Duprez, se alejaba ya en la nevada rúa, tras despedirle a la entrada de la estación.

«Uf, esto es para congelarse —comentó entre dientes Brian Jefford, soltando una densa vaharada de vapor por sus labios, mientras se frotaba las manos, cubiertas por los guantes de cabritilla, tras dejar en tierra sus dos maletas, junto al puesto de periódicos donde aún se hablaba en grandes titulares de la formación de la reciente Unión Sudafricana, donde sólo unos pocos años antes sus compatriotas luchaban denodadamente contra los bóers, hasta que éstos depusieron sus armas y acataron a Eduardo VII como su legítimo soberano, según las condiciones de paz del tratado de 1902. Ahora, ya ni el propio rey Eduardo existía ya. Tras recorrer con crítica mirada el repleto andén, añadió para sí con gesto contrariado—: Y luego dicen que es en Inglaterra donde los inviernos son insoportables…».

Cargó de nuevo con su equipaje, con aire resignado y se abrió paso entre un pintoresco y heterogéneo gentío formado por ruidosos mozos de equipajes, un comitiva de hindúes de majestuosos turbantes y brillantes casacas, unos periodistas que rodeaban a algún conocido personaje de la actualidad parisina, vendedores de provisiones para los viajes largos, puestos de bebidas, de almohadillas y de un sinfín de cosas más.

Alcanzó trabajosamente el sexto andén, donde un rótulo anunciaba con caracteres destacados:

ORIENT EXPRESS. Salida, a las 9.30

Dirigió una ojeada a la larga hilera de lujosos vagones formada tras la locomotora humeante. Los Wagons-Lits de restaurante y coches cama de gran lujo aparecían escoltados por los uniformes de los ceremoniosos y bastante elegantes empleados de la Compañía que fundara el belga Georges Nagelmackers en 1898. Obsequiosos, aquellos servidores del viajero se apresuraban a consultar los billetes de cada uno, indicarles el vagón correspondiente y, una vez allí, otro empleado les llevaba hasta el compartimento a ellos reservado.

«Me temo que nos espera un viajecito más digno del transiberiano que del expreso de Oriente», comentó para sí el joven británico, parándose un momento y dejando de nuevo sus maletas en el suelo para consultar su propio billete hasta Estambul.

Lo hizo tan bruscamente, que alguien que venía en dirección idéntica, tras él, se golpeó inevitablemente con su persona. Notó el choque a su espalda, un grito y el choque de una pesada maleta en el suelo, contra sus piernas.

Se volvió, empezando a balbucear una disculpa en francés. Encontró ante él uno de los más bonitos y dulces rostros de mujer que jamás viera en su vida.

—Oh, créame que lo siento —se excusó, aturdido—. Señorita, lamento que…

—No, no tuvo importancia —replicó ella suavemente—. Fue culpa mía por no mirar hacia delante, señor. ¿Le hice daño con mi maleta?

Jefford miró a sus pies, a la pesada valija de piel marrón con doble correaje, que acababa de golpearle en los tobillos. Negó con una sonrisa.

—Cielos, señorita, claro que no. ¿Cómo lleva por sí misma una maleta tan pesada?

—Me ha sido imposible encontrar mozo. Hay tanto viajero esta noche, que todo esto parece la torre de Babel…

—En efecto, esto es una colmena —admitió Brian Jefford, galante, inclinándose y tomando la valija de la joven en una mano y sus dos livianas maletas en la otra—. La ayudaré, señorita. Si va al Orient Express, yo también tomaré ese mismo tren.

—En efecto, señor. Pero no puedo consentir tanta molestia…

—No es molestia, sino un placer —aseguró él con su mejor obsequiosidad, echando a andar hacia el convoy citado sin más ambages.

Ella le siguió con rápido y menudo paso. Brian la observaba de soslayo por el camino, mientras se abrían paso entre la multitud que llenaba el andén. Era una damita joven, frágil, casi etérea, de dulce expresión, candorosos ojos azules, cabello suavemente rubio, algo oscuro, tez alabastrina, cuello largo y esbelto, gráciles movimientos llenos de armonía, una boquita carnosa y roja encantadora, y una elegancia sencilla y sin estridencias. Todos los adornos de su indumentaria gris perla, sobria y femenina, consistían en un pequeño collar de perlas, una cinta de terciopelo a la cabeza y un cinturón con hebilla. Sus puntiagudos zapatos eran de raso gris, muy elegantes.

Avanzaron por el andén destinado al Orient Express. Brian preguntó a su flamante compañera:

—¿Sabe el vagón que ocupa, señorita?

—Sí, el nueve —afirmó ella rápida.

—¡El nueve! —se volvió a mirarla, sorprendido—. Eso sí que es casual. Yo también ocupo el coche número nueve. Exactamente la cabina 9 D.

—Y yo la 9 F —pestañeó ella, perpleja—. Sólo una cabina separa la suya de la mía, señor…

—Jefford —se apresuró a decir el joven—, Brian Jefford.

—¿Inglés?

—En efecto. De Londres —asintió él risueño.

—Mi nombre es Nanette Renant. Habla usted un francés casi perfecto para ser extranjero. Creí que los ingleses no gustaban de hablar nuestra lengua…

—Pues ya ve que se equivoca —sonrió Brian—. Pero le confesaré que el secreto es simple: he vivido bastante tiempo en París como periodista. Tengo amigos aquí y así pude perfeccionar el francés aprendido en mis tiempos escolares.

—Sea como sea, lo habla muy bien, le felicito —suspiró ella—. Ya me gustaría a mí hablar así el inglés.

—¿No lo conoce, tal vez?

—Conocerlo, sí. Pero lo hablo fatal.

—Si hay ocasión durante el viaje, tal vez podamos

perfeccionarlo —sonrió Brian—, en casi tres días, hay tiempo de todo en un vagón de ferrocarril, señorita Renant.

—Es posible —ella, de repente, se tornó algo hermética—, pero me temo que no disponga de demasiado tiempo para idiomas ni para vida social en el ferrocarril, señor Jefford. Tengo mucho trabajo por hacer mientras dura el viaje. Y yo me quedo en Sofía, no voy a Estambul. Creo que estamos llegando al coche número nueve… Y por cierto que debe ir bastante lleno, a juzgar por lo que se ve…

Era verdad, ante la puerta de acceso, se agolpaba numerosa gente esperando ser acomodada en el coche. Dos empleados de Wagons-Lits apenas si podían dar abasto para mirar sus billetes e indicarles que pasaran para ser acomodados.

—Hay algo que me complace —comentó Brian, señalando el vagón inmediato—. Tenemos el coche-restaurante al lado. Es muy molesto cruzar vagones y vagones a cada momento.

Asintió la joven francesa con aire distraído. De repente, Brian tenía la impresión de que ella se había cerrado como una ostra ante la posibilidad de intimar durante el viaje. Se preguntó si realmente viajaba sola o sería una *cocotte* de lujo de las muchas que en París hacían su agosto en aquella «belle époque» tan dada al placer, los lujos y la vida galante.

Aunque, ciertamente, no tenía ni de lejos aspecto de ello, por elegante que pudiera ser.

Se detuvo ante la larga cola situada delante del acceso al vagón número nueve, dispuesto a esperar. De repente, alguien apareció cerca de él, precipitándose hacia un punto determinado de la cola esgrimiendo algo que brilló metálicamente a la luz de las lámparas del andén. Fugazmente, Brian captó que era una pistola lo que empuñaba el desconocido, de ropas oscuras y gorra de paño.

Sin perder tiempo. Brian se lanzó tras aquel hombre, que llegaba ya a la altura de una elegantísima pareja rodeada por algunos hombres de gabán oscuro, disponiéndose a vaciar su revólver sobre ellos.

El joven inglés saltó sobre el desconocido. Logró desviar su brazo cuando apretaba el gatillo. Sonaron dos detonaciones que retumbaron bajo la bóveda de la Gare de L’Est. Hubo gritos y carreras de terror. La pareja destinada a ser víctima del agresor

volvió sus ojos atónitos hacia la escena. Los hombres de gabán oscuro se apresuraron a buscar armas en sus bolsillos. Todos ellos lucían grandes bigotes retorcidos y sombreros hongos.

Ya para entonces el asaltante se había logrado desasir de Brian y, como perdiera su arma en el forcejeo, se apresuró a correr hacia las vías para cruzarlas a todo correr. Los hombres de escolta del hombre y la mujer que pudieron haber sufrido el atentado se abrazaban el uno al otro, inquietos y pálidos.

El hombre cruzó las vías, pero no era decididamente su día de suerte. De súbito, una enorme locomotora negra, jadeante y ruidosa, que hacía maniobras de enganche en un convoy cercano, le alcanzó al intentar salvar otra vía. El grito de la multitud ahogó sin duda el alarido del infeliz. El cuerpo de éste desapareció entre el vapor de las bielas, triturado por las pesadas ruedas de metal.

—Dios mío… —sollozó Nanette Renant junto a Brian, ocultando su rostro conmovida ante la tragedia.

Los hombres de gabán oscuro rodeaban ya el lugar del suceso, mientras el maquinista detenía la locomotora, pronunciando imprecaciones y excusas en francés. Brian tragó saliva, bajando la mirada hasta el revólver negro, humeante, que yacía en el suelo del andén.

—Gracias, señor —dijo en francés de fuerte acento extranjero una voz cerca de él—. Ha salvado usted la vida a mi esposa y a mí…

Se incorporó, mirando al que hablaba. Era el hombre que pudo haber muerto a manos del agresor. Ojos claros y fríos, tez de eslavo, cabello claro rizado bajo el gorro de astracán, abrigo de lujoso cuello de pieles, facciones aristocráticas y altivas, que la palidez y el miedo recientes no lograban alterar demasiado. Sobre el pecho, colgando de una cadena, a modo de gran medallón, un emblema con un águila imperial, en oro y piedras preciosas.

—No tuvo importancia —aseguró Brian con humildad, mientras Nanette le miraba por un costado del hombre alto y arrogante—. Suerte que me di cuenta, eso fue todo.

—Arriesgó su vida para salvar la mía y la de Su Alteza… Yo, el Gran Duque Wladimiro Oliew, y mi esposa, la princesa Rasnikoff, de la familia imperial rusa, le damos rendidamente las gracias y le ofrecemos nuestra más sincera y leal amistad. Para cuanto quiera

precisar de nosotros, caballero, estamos a su total disposición a partir de hoy.

—Son muy amables —Brian estrechó la mano que le ten día el aristócrata ruso—. Pero le repito que no deben dar más importancia al hecho de la que realmente tuvo. Ese pobre diablo no era demasiado experto, sin duda, en atentados criminales. Fue torpe y precipitado. Ahora, ha pagado caro su empeño.

—Fue el justo castigo. Todos esos malditos bolcheviques deberían terminar igual. Nuestro país vive problemas muy graves últimamente por culpa de esos agitadores fanáticos. Toda la culpa parece tenerla un tal Lenin…

—Sí, he oído de él —suspiró el joven británico—. En fin, señor, celebro que todo vaya bien y puedan hacer su viaje sin problemas.

—¿Sin problemas? —El Gran Duque se encogió de hombros ahora, con escepticismo—. Eso, en nuestros días, nunca se sabe. Europa entera es mucho menos apacible de lo que la gente cree, señor. París vive un falso ambiente de alegría y placer. Ellos le llaman la «Belle Epoque», ¿verdad?

—Así es, Gran Duque. Y nosotros, los ingleses, «The Age of Optimism». Tal vez ambos nos equivocamos. París no es sólo Sarah Bernhardt, los ballets rusos de Djaghilev, la música de Debussy y Chabrier, el Montmartre de Toulouse-Lautrec o la Bella Otero y Cleo de Merode en sus escenarios y sus escándalos amorosos con grandes banqueros, políticos, aristócratas y figuras de la realeza. París, como Londres y nuestro glorioso Imperio Británico, también son hambre, miseria, problemas obreros, enfermedades y caos. Algún día todo eso pasará factura a una sociedad tan frívola y mundana. Y créame, señor, me aterra pensar lo que puede suceder ese día en la vieja y hermosa Europa…

El Gran Duque le miró con cierta sorpresa. No pareció gustarle lo que decía el joven periodista. Algo seco, aunque siempre cortés, se inclinó manifestando:

—Por el momento, señor, tenemos la fortuna de que esa miseria y esos problemas no nos afecten a los demás en exceso. El mundo nunca fue perfecto para todos, ni puede serlo. Estamos viviendo la mejor época de la Historia, y eso debe ría congratularnos, sin más. Lástima que tanto nihilista, agitador y revolucionario trate de minar los cimientos de nuestro mundo. Por cierto, amigo mío, aún no sé el

nombre de nuestro salvador…

—Brian Jefford. Soy periodista de un semanario de actualidad londinense. Él es quien me paga este viaje para que escriba una serie de reportajes sobre el Orient Express, no crea usted que puedo financiar de mi bolsillo un lujo semejante…

—Créame, señor Jefford, si algo necesita, lo que sea, y fuese cual fuese su valor o cuantía, no dude en pedírnoslo. Estaremos a su disposición en todo. *Au revoir, monsieur*.

—*Do sviddniia*[1] —respondió Brian en ruso, ante la sorpresa grata del Gran Duque.

La Princesa Rasnikoff, rubia, suave, delicada y de elevada estatura y arrogancia regia, se limitó a sonreírle ampliamente, mirarle con dulzura y musitar un encantador saludo de respuesta en su lengua nativa, mientras subía al vagón ayudada por su esposo y por un empleado de Wagons-Lits, mostrando la esbeltez de sus tobillos en el movimiento:

—*Sopokoinoí nótchi, gospodin* Jefford[2].

Y se retiró del vagón, mientras su escolta les seguía, mirando ceñudos a todas partes por si surgía algún otro terrorista en el andén. Y se llevaban el cadáver ensangrentado del agresor entre unos empleados ferroviarios, tal vez en un vano intento por salvar su vida. Era evidente que los destrozos eran mortales. La joven Nanette movió la cabeza, muy pálida, aferrando al brazo de Brian impulsivamente, ante la sorpresa de éste.

—Tiene que ser muy mal augurio para un viaje como éste… —susurró.

—¿Mal augurio? ¿El qué? —indagó Brian, sorprendido, mirando a la joven.

—Ese hombre muerto… Es un modo pésimo de iniciar el viaje. Una vez oí decir a alguien que cuando una persona muere antes de que uno emprenda viaje, éste nunca puede terminar bien…

—Tonterías —sonrió Brian moviendo la cabeza—. ¿Es usted supersticiosa acaso?

—No, pero… este horrible suceso me da que pensar. ¿Sabe por qué? Porque anoche tuve una pesadilla. Y, aunque no me crea, en ella me veía tomando este mismo tren, mientras la sangre corría sobre las vías y la cabeza de un hombre rodaba ensangrentada entre las ruedas del Orient Express.

Brian hubiera reído de buen grado. Pero el gesto de repentino terror de la joven se lo impidió. Parecía realmente impresionada por su sueño o por lo que acababa de acontecer ante ellos. Llegado su turno, la ayudó a subir al convoy *cortésmente*, mientras los empleados tomaban sus valijas y billetes para acomodarles.

—Tranquilícese, *mademoiselle* Renant —dijo mientras avanzaban por el alfombrado pasillo del coche cama—. Todo eso son simples aprensiones. Nada va a ocurrir, esté segura. Será un viaje como tantos otros.

Brian se diría más tarde que, como profeta o adivino, su porvenir no podía ser más negativo. Sus palabras no se aproximaron ni remotamente a la espantosa realidad que se les avecinaba a los viajeros del Orient Express.

Realidad que, en cierto modo, estaba teniendo ya sus inicios en el vagón número ocho, donde el Maharajá de Kamalpur, un riquísimo hindú digno de las *Mil y una noches*, subía con su escolta para iniciar el viaje a través de Europa, y en el furgón de equipaje del Orient Express, donde en esos mismos instantes, El Gran Maxwell, famoso ilusionista y domador, triunfador reciente en el Palacio de Invierno de París, cargaba sus numerosos bultos, para debutar próximamente en Budapest. Junto con su equipaje artístico —entre el que, naturalmente, no se contaban sus leones ni sus tigres de Bengala, viajeros en otra ruta menos costosa—, un pasajero de fuerte acento eslavo hacía cargar un solo fardo, consistente en una caja alargada, rectangular, de madera, con destino a Sofía, Bulgaria. Nadie se dio cuenta de que, tras ser cargado el bulto en el furgón, el rumano se persignaba ante él respetuosa, gravemente, dirigiendo una mirada al embalaje de madera con sus escasas palabras pronunciadas en una lengua que un buen políglota hubiera identificado como búlgara de haberla podido oír, dirigidas al parecer a aquella solitaria caja cuidadosamente cargada a bordo del furgón:

—Buen viaje, querida. Es el último, pero yo también iré contigo en él…

Después, se encaminó sin perder más tiempo hacia el coche-cama número nueve, donde tenía su cabina reservada. Tropezó al subir a él con un caballero alto, pelirrojo, de ademanes autoritarios, grandes bigotes curvados hacia arriba y porte marcial, que cojeaba

ligeramente de una pierna, se apoyaba en un bastón de madera de malaca, con empuñadura de plata, y decía altivamente al mozo de Wagons-Lits en ese momento:

—Apresúrese a acomodarme. Soy el coronel Wessley Arlington, amigo personal del señor Pierre Housemann, director de Wagons-Lits en París, y él mismo me facilitó mi reserva en este viaje, asegurándome que sería tratado inmejorablemente…

—Claro, señor —se apresuraba a decirle con toda cortesía el empleado—. Sígame, le acomodaré de inmediato…

Empleado y caballero se alejaron, mientras el búlgaro entregaba su equipaje a otro mozo, junto con la propina, y le mostraba su billete sin pronunciar palabra. Antes de subir al vagón, dirigió una última mirada al lejano furgón y, con la punta de sus dedos, lanzó un beso mientras musitaba:

—Buen viaje, querida Vladia… Nos reuniremos en Sofía…

Luego, subió al vagón, mientras los viajeros asomaban a las ventanillas, empezando a despedirse de quienes quedaban en tierra. La locomotora emitió un fuerte silbido, y comenzó a resoplar más fuerte.

Eran las nueve y treinta minutos en punto. Fuera de la bóveda de la estación, volvía a nevar con fuerza. El Orient Express iniciaba su salida de París en ese momento.

A bordo del convoy, justo cuando el tren enfilaba la vía, dejando atrás las luces y el tumulto de la Gare de L’Est, un largo grito de mujer desgarró el clima relajado de los vagones, con su aguda nota de terror y de angustia.

CAPÍTULO II

El conductor del convoy se sobresaltó al escuchar ese grito, cuando todavía estaba anotando en su bloc los nombres de los viajeros en sus respectivos compartimentos, conforme a las reservas establecidas previamente.

—Cielos, ¿qué es eso? —exclamó sorprendido, con un inevitable sobresalto. Y corrió en dirección al lugar de donde procedía el alarido, con el gesto de quien empieza a considerar de mal agüero ciertos presagios. No era fácil olvidar el reciente suceso trágico en la estación, tras un fallido atentado terrorista a todo un Gran Duque ruso y ahora llegaba esto, fuese ello lo que fuese…

Las puertas de las cabinas se abrían ya a lo largo del corredor del coche cama, mientras el conductor ferroviario corría hacia el lugar de origen de aquel grito, indudablemente proferido por una garganta femenina.

Halló a la mujer temblando, lívida, encogida contra la pared del vagón, la mirada vidriosa fija en la ventanilla, cuajada en estos momentos de vaho por la diferencia de temperatura, y sus ojos dilatados parecían contemplar lo más espantoso imaginable.

—Señorita, ¿qué le ocurre? —jadeó el conductor, desacertado.

—Ahí, en la ventana… —sollozó roncamente la joven, temblándole todo el cuerpo y la mano con que señalaba a la vidriera, tras la cual pasaban vaharadas de blanco vapor de la máquina, entremezcladas con ráfagas de nieve.

El conductor miró, sin ver nada aparte aquellos blancos copos y las nubes de humo de la locomotora, sobre el negro fondo de la noche, tras el vaho del vidrio. Varios viajeros se agolpaban ya junto a ellos, alarmados por el grito y también parecían buscar en vano la razón de aquella expresión de terror. Uno de ellos era Brian Jefford, que salió en mangas de camisa de su cabina inmediata, mirando con asombro a la joven.

—Señorita Renant… —musitó—. ¿Pero qué es lo que ocurre? ¿Usted fue quien gritó?

—Sí, sí, Dios mío… —gimió la francesita, precipitándose hacia él impulsiva y aferrándose a su cuerpo como si fuese la única persona en quien podía buscar protección y apoyo—. Ha sido ahí… en la ventanilla… Fue espantoso…

—Tranquilícese, ya no está sola —Brian miró a la ventanilla y luego cambió una mirada con el conductor del tren—. No hay nada en esa ventanilla ahora, se lo aseguro. ¿Qué es lo que vio?

—La cabeza… la cabeza… de esa mujer… ¡Es horrible, horrible!

Brian arrugó el ceño. No pudo evitar un leve estremecí miento ante aquellas palabras sin sentido que sugerían algo realmente espantoso.

—¿A qué cabeza se refiere, por Dios? —trató de averiguar, calmando a la joven con una caricia suave de sus dedos en los dorados cabellos de la cabecita reclinada contra su hombro.

—A esa cabeza que colgaba allá fuera…, oscilando tras el vidrio, como mirándome con sus ojos vaciados, sangrantes, con su espantosa sonrisa… Era *sólo* una cabeza sin cuerpo, como sujeta por los cabellos a la nada, al vacío…, pendulando, mirándome… ¡Oh, no quiero recordarlo!

El conductor se encogió de hombros, con gesto que daba a entender que tenía sus dudas bastante serias sobre el equilibrio mental de la muchacha. Los demás viajeros dispersándose con encogimientos de hombros y comentarios malhumorados, como si la histeria injustificada de la joven viajera les hubiera irritado considerablemente. Sólo ellos dos y el conductor se quedaron en el pasillo, mientras el tren emitía un estridente silbido y trepidaba bajo sus ruedas la estructura metálica de un puente.

—¿Quiere que avise a un médico, señor? —indagó el conductor dirigiéndose a Brian.

—No creo que sea necesario por el momento —negó Jefford pensativo—. Parece que, sea lo que sea, ya pasó. ¿No es así, señorita Renant?

—Sí…, sí… —musitó la joven apagadamente—. Ya pasó… No está ahí esa cabeza…

El conductor se alejó, meneando la cabeza con disgusto. Brian alzó el rostro de la joven suavemente, tomando su barbilla con una

mano. Vio correr las lágrimas por sus tersas mejillas intensamente pálidas.

—¿Ha visto en otras ocasiones esa… cabeza de mujer que usted cita? —preguntó.

Ella se estremeció claramente. Afirmó despacio con la cabeza.

—Sssí… —gimió—. Varias veces. Pero usted no va a creerlo. Nadie me cree.

—Bueno, es difícil de creer, la verdad. Vamos a toda velocidad a través de una noche fría y con nieve. No sé cómo una cabeza humana puede colgar así tras la ventanilla del tren y luego desaparecer, pero si asegura que la ha visto…

—¡La he visto, sí! Tan claramente como le veo a usted ahora, señor Jefford. Sé que es absurdo, que no suena a lógico, pero la vi… como la había visto ya en otras ocasiones.

—¿Dónde la vio antes de ahora?

—En… en casa de mis tíos, en Reims… En la pensión de París…, en el teatro…

—¿Teatro? ¿Es usted artista acaso?

—Sí… —susurró la joven francesa—. Soy bailarina. Viajo a Sofía para actuar allí en el teatro… Pero le diré que mi nombre artístico no es mío propio. En París se me conoce como Lydia Ophuls.

—¡Lydia Ophuls! —repitió él sorprendido—. Usted actuó en el Palace D’Hiver…

—Así es. Con el espectáculo internacional que permaneció allí tres meses triunfando. ¿Le gusta el ballet?

—Sí, mucho. Pero no pude asistir a su actuación. Lo lamento. Estuve de paso en París para otros sitios y tuve el tiempo justo para otras gestiones de mi trabajo… Pero vi su nombre en las carteleras… ¿No viaja con el resto de la compañía?

—No. Se ha disuelto. Sólo El Gran Maxwell, el domador e ilusionista, viaja en este tren con su ayudante, Yvonne De Souza, pero no nos hablamos. Eso ocurre a veces entre artistas. Creo que va en el vagón número ocho…

—Comprendo —asintió Brian. Miró pensativo a la joven y añadió tras un silencio—: Por lo que veo, las cabezas decapitadas acostumbran a formar parte de sus terrores. Ahora ha sido esto… y anoche, según me contó, tuvo una pesadilla con un hombre arrollado por el tren y decapitado…

—Es cierto. Pero aquel sueño no tenía nada que ver con esa otra cabeza que me persigue por todas partes…

—¿Puede contarme cómo es, sin sufrir demasiado?

—Sí…, creo que sí —respiró hondo y el miedo volvió a reflejarse en sus ojos—. Es una mujer rubia, muy rubia, pálida, hermosa… pero cruel. Terriblemente cruel, maligna… Sus ojos están vacíos, ensangrentados, su boca tiene una mueca perversa, obscena casi. Y su cuello…, su cuello está desgarrado, como si le hubieran arrancado la cabeza del resto del cuerpo tirando brutalmente de ella, descuartizándola… Oh, Dios mío, es tan horrendo…

—¿Tiene algún sentido para usted esa aparición?

—No, ninguno. Si se refiere a eso, jamás vi a una mujer parecida a ésa en la vida real.

—¿Cómo se le apareció en casa de sus tíos, en el teatro o en su pensión?

—Siempre del mismo modo: colgando tras una ventana, pendulando en el vacío…, sujeta de alguna forma su cabellera rubia a algún sitio, tirante hacia arriba… No me cree en absoluto, ¿verdad? Supone que es otra de mis pesadillas…

—No, no creo nada de eso. Sólo me pregunto por qué… y *cómo* sucede, señorita Renant. Ahora, vuelva a su cabina y trate de descansar. Cierre la ventanilla y no mire a través de ella en ningún momento. Estoy seguro de que nada va a ocurrir.

Ella asintió débilmente, dirigiéndose a la puerta
9-F
. Al hacerlo, Brian miró la puerta
9-E
y arrugó el ceño. No la había visto abrir en ningún momento, ni siquiera cuando se oyó el grito de Nanette. No recordaba haber visto salir a nadie de aquella cabina que separaba su propio compartimento del de la joven.

—Servirán la cena dentro de poco —comentó Brian, abriendo su propia puerta—, ¿va a ir al coche-restaurante?

—No, creo que no —suspiró ella—. No tengo el menor apetito ahora… Gracias por todo y buenas noches, señor Jefford.

—Buenas noches. No dude en llamarme si vuelve a sentir se inquieta por algo…

Entró y cerró tras de sí. Se miró pensativo en el espejo de su

confortable cabina. Ciertamente, nada de todo aquello tenía sentido. Se preguntó en voz alta:

—¿Será cierto que ve esa cabeza, o se trata de una joven neurótica que tiene alucinaciones? Parece ser la explicación más factible a ese extraño suceso…

Se encogió de hombros, vistiéndose para la cena.

* * *

Era el primer turno para la cena. El camarero acababa de pasar anunciándolo, de vagón en vagón, con su campanilleo monocorde.

Impecablemente vestido de smoking, Brian Jefford salió de su cabina dando los últimos toques al lazo de su corbata. Sabía que el coche-restaurante del Orient Express era algo así como Maxim's en Paris o la residencia del Lord Mayor de Londres en una recepción oficial. Había que acudir a él consciente de eso y vestido lo mejor posible.

Simultáneamente a su salida al pasillo del vagón de camas, la puerta del

9-E

se abrió al fin. Sorprendido, Brian giró la cabeza. Y se encontró con su vecino de compartimento. Su vecina en realidad, porque también era una mujer.

Y una mujer increíble, además, si es que ese término tenía aplicación a cualquier viajero de aquel sofisticado expreso que, atravesando toda Europa, llevaba normalmente en sus vagones lo más exótico, frívolo y espectacular de todas las altas clases sociales, artísticas y políticas del mundo.

Aun así, Jefford catalogó de inmediato a la dama como «increíble». Y se reafirmó en su calificativo, mientras la contemplaba desconcertado.

Era morena, muy morena. De tez y de cabellos. Pelo negrísimo, casi azul, peinado en forma de casquete, con plumas verdes y blancas adornando un sombrerito tachonado de pedrería sobre su casquillo blanco de raso. Ojos ocultos por unas espectaculares gafas de vidrios oscuros y en forma de alas de mariposa desplegadas, con montura de oro y pedrería, no supo si falsa o auténtica, bisutería o joya. Un cuerpo más bien lleno, prieto de carnes, estirado hasta la rigidez, sobre unos zapatos de raso rojo, de increíbles tacones altísimos, con hebilla de pedrería también. Espectacular collar de

ámbar de tres vueltas, bailoteando en torno al cuello de cerrados encajes con un chasquido leve y repetido. Pulseras de oro gruesas en ambas muñecas, manos enfundadas en guantes calados, de seda blanca, que dejaban ver el tinte ocre de sus dedos. Y una larga boquilla, también de ámbar, sosteniendo un cigarrillo aromático, turco o egipcio, a juzgar por su olor penetrante y perfumado.

—*Bon nuit, monsieur* —saludó ella, en un francés ostensiblemente extranjero, de suave cadencia—. Me encanta tener un hombre *charmant* por vecino de cabina…

—Y a mí una dama tan turbadoramente hermosa y encantadora —confesó Brian, contemplando los lunares en el rostro de la hermosa morena y preguntándose en qué magazine, fiesta social o anuncio artístico habría visto antes aquel rostro que, sin saber de qué, le resultaba vagamente conocido.

—*Oh, la la* —respondió ella burlona, mostrando la punta de su lengua entre los labios, intensamente barnizados de rojo vivo—. Un galante caballero, joven y guapo, pero cuyo francés es casi tan malo como el mío. ¿Inglés, acaso?

—Así es, *madame*. Brian Jefford, de Londres, a sus pies.

—*Enchanté*. Adoro a los ingleses —confesó volublemente, agitando su mano con la interminable boquilla ambarina—. Yo soy mitad italiana, mitad húngara. Oriana Vetri Farkas. Padre italiano, madre húngara… Una mezcla ardorosa de sangre, señor Jefford. ¿Va usted al coche restaurante?

—Hacia allá voy, en efecto.

—Entonces, es mi hombre…, siempre y cuando no tenga esposa —rió ella burlona, colgándose de su brazo—. ¿La tiene?

—No. Ni aquí ni en Londres —sonrió Brian aceptando complacido tan grata compañía. Echaron a andar juntos pasillo adelante, aunque no pudo evitar dirigir una mirada por encima del hombro a la puerta del
9-F
, cerrada herméticamente. Nanette debía descansar, tras su desagradable experiencia de aquella noche.

Alcanzaron el coche-restaurante y les acomodaron en una mesa, frente a frente. Brian cambió un cortés saludo con el Gran Duque Wladimiro y la Princesa Rasnikoff, sentados en la mesa inmediata a la suya. Estaban sirviéndoles un entrante a base de caviar y vodka

en esos momentos.

Algo más allá descubrió a otra pareja, un hombre alto, de afilados mostachos, ojos saltones y gestos ampulosos, en compañía de una joven intensamente pelirroja, de rostro atractivo y abultados senos bajo su vestido de seda amarilla muy descotado. Recordó vagamente el aspecto de él, relacionándolo con afiches del Palacio de Invierno de París. Era El Gran Maxwell, uno de los mejores domadores e ilusionistas de Europa. Imaginó que su acompañante sería su auxiliar en sus atrevidos números.

En otras mesas se acomodaban personas de distinta condición y aspecto. Un caballero de fuerte acento norteamericano, cabellos blancos y rizados, tono autoritario y ojos claros y fríos como dos lagos helados. No vestía smoking, sino un simple terno color azul marino. En otra mesa, también solo, un caballero de aspecto eslavo, facciones hurañas y mirada pensativa, contemplaba la oscuridad a través de la ventanilla de su mesa, como si en ella hubiera algo o alguien que pretendiera descubrir desde el tren en marcha.

Poco a poco, las mesas se fueron llenando con otros comensales que hacían compañía a los demás. Era muy nutrida la asistencia a aquel primer turno. El camarero, un joven italiano de suaves modales, explicó las causas a Brian y a la morena beldad que le acompañaba:

—El segundo turno está totalmente ocupado por el Maharajá de Kamalpur y su séquito. Trae consigo seis esposas y una docena de servidores y guardaespaldas. Todo un espectáculo, señores. Ha reservado para él y su gente todo el vagón, por eso el primer turno es tan concurrido esta noche…

—Es un fastidio tener que compartir el viaje con un tipo así —comentó despectiva Oriana Vetri—. ¿Va a hacer lo mismo todos los días ese dichoso Maharajá?

—Posiblemente sí, señorita. Al parecer es hombre muy influyente… Claro que si el resto de los viajeros protestan formalmente, tal vez haya que montar un servicio especial para él, al margen de los dos turnos reglamentarios…

—Estudiaré el asunto —convino ella secamente, atacando con delicadeza sus entremeses—. No me gusta verme obligada a comer cuando los demás quieran, por muy maharajás que sean.

Brian sonrió, contemplando a su pareja. Evidentemente, la ítalo-

húngara era mujer de gran personalidad y corte autoritario. Mientras servía el vino en las copas, el joven inglés preguntó:

—¿Es usted artista también, señorita Vetri?

—Cielos, no. ¿Qué le hizo pensar eso? —ella le miró, sorprendida, desde el fondo de sus gafas color humo, que hacían imposible descubrir el color de sus ojos.

—No sé. Su aspecto, su persona, su comportamiento… Toda usted tiene ese algo fascinador y misterioso que poseen las artistas.

—O las espías —rió ella, sarcástica. Luego meneó la cabeza, negativamente—. No, señor Jefford. Cálmese. No soy una cosa ni otra. Sólo una aristócrata algo aburrida, que viaja por simple placer, por distracción. Dicen que los viajes son apasionantes y en ellos surge siempre la aventura. No lo crea. A mí jamás me ha ocurrido, se lo confieso.

—Tal vez ésta sea la excepción a esa regla. Puede surgir la aventura en este tren.

—¿Aquí? —ella se encogió de hombros, pensativa—. Lo dudo mucho. Usted, de momento, es mi única aventura, amigo mío. Y, eso sí, debo confesar que una aventura encantadora…

—Es muy amable. Pero yo…

—Perdonen. ¿Puedo acomodar con ustedes a un caballero? Ha llegado algo tarde al turno, pero si no cena ahora, perderá la posibilidad de hacerlo…

Brian alzó la cabeza. El camarero italiano estaba parado ante su mesa. Junto a él, un caballero alto, vigoroso, de cabellos rojos entrecanos, aire marcial y porte arrogante, parecía esperar, incómodo, atusándose sus bigotes. Brian estuvo a punto de decir que sí de inmediato, porque identificó en seguida en aquel hombre a un compatriota, pero cambió antes una mirada con su compañera de mesa.

Afortunadamente, Oriana Vetri no parecía ser tan insociable como imaginara, dada su altivez. La vio asentir con la cabeza y mirar al desconocido con una leve sonrisa de aprobación.

—Creo que los caballeros siempre son bien acogidos en una mesa, ¿no piensa usted igual, mi querido Jefford? —fue su comentario risueño.

—Por supuesto —se incorporó mostrando un asiento junto a él —. Puede acomodarse aquí, señor…

—Coronel Wessley Arlington —se presentó de inmediato él, dando un taconazo instintivo—. Antiguo combatiente del Ejército Colonial en África Austral, a las órdenes del general Kitchener, y también oficial de Su Majestad, la Reina Victoria, en las luchas de la India…

—Es un placer, coronel —sonrió Brian estrechando su mano y haciendo a su vez las presentaciones—. Será un honor compartir la mesa con usted.

—Ah, señores, es un alivio encontrarse con compañeros de viaje tan gentiles, sobre todo cuando un maldito Maharajá viaja en el mismo tren y se le conceden honores de Jefe de Estado o poco menos. Tendré que protestar ante la Compañía por semejante atropello a los derechos de los demás.

—Me temo que no va a ser usted sólo quien proteste, coronel —sonrió en ese punto Oriana Vetri, señalando con su mano elegante y voluble hacia la parte posterior del coche restaurante—. Ahí llega una especie de ciclón con faldas… ¿No ha oído hablar ninguno de ustedes de Cleo de Montesco?

—Es una famosa artista, ¿no es verdad? —comentó el coronel, girando la cabeza con una tos muy propia de un viejo militar colonial.

—Si desnudarse en escena con cierta gracia, significa ser artista…, pues sí —admitió displicente la dama—. Además de eso, es amante del rey de Bélgica. Y como la Wagons-Lits es belga…, pues creo que tendremos jaleo.

Así era. La dama que había entrado en el vagón convertía la excentricidad elegante y el exotismo femenino de Oriana Vetri en algo corriente y trivial. Cleo de Montesco, la más célebre artista de Europa en el género frívolo, acababa de enterarse de que, si quería cenar con su perrito en brazos y su criada filipina, pequeña y servil, vestida a la usanza de su país en pos de ella, debería pedir el servicio en su propia cabina de lujo del coche número siete.

—¿Cómo? —exclamó ella—, ¿que yo, Cleo de Montesco, la primera artista de Europa, la estrella máxima de París, va a humillarse cenando en su cabina si así no lo desea? ¿Qué clase de tren es éste donde se hace semejante desplante a los viajeros distinguidos y se acomoda con todo lujo y prerrogativas a plebeyos hindúes cargados de esposas, concubinas o lo que sean, como si

estuviéramos en el propio Kamalpur con sus costumbres feudales? Cuando el Rey de Bélgica se entere de esto, la Wagons-Lits va a sufrir un serio descalabro… ¡Yo, Cleo de Montesco, exijo una mesa para mí y para mi doncella, y de inmediato! ¡Me niego a ser menos que ese Maharajá grotesco y su cohorte de esbirros y fulanas!

Luego, para demostrar que toda una Cleo de Montesco podía ser tan zafia y vulgar como una verdulera, soltó un taco que dejó fríos a muchos comensales. El pobre camarero no sabía qué hacer, y el *maître* había corrido en demanda de ayuda del interventor del tren.

Por fortuna, en ese punto se zanjó el incidente, cuando el hombre de aspecto eslavo se incorporó y, con un francés duro, de fuerte acento foráneo, señaló a la dama belicosa:

—Por favor, *madame*, yo no tengo apetito y dejo mi sitio. Puede usted ocuparlo sin problemas de inmediato… y espero que su doncella tendrá sitio en cualquier otra mesa que disponga de una plaza.

—Aquí mismo —dijo en ese punto con ironía Oriana Vetri alzando un brazo—. Puede sentar a su chinita con nosotros, *madame*.

Las dos mujeres cruzaron sus miradas. Fue como el choque de dos aceros. El destello colérico de los ojos verdes de Cleo de Montesco resultó agresivo. Pero su respuesta fue fría y contenida, tal vez por aceptar así la oportunidad de cenar sin más problemas:

—Filipina, señorita, Filipina —rectificó—. No habla inglés. Sólo tagalo y español. En su país se resisten a hablar la lengua de sus nuevos amos, los yanquis.

Brian dirigió una divertida mirada al caballero canoso de aire americano. Captó su gesto hosco, su contrariedad ante aquella puya de la artista, pero se abstuvo de hacer comentarios.

El eslavo se alejaba ya hacia la salida del vagón, tras firmar la cuenta del camarero, balbuceando tímidas despedidas a todos. Cleo de Montesco se acomodó en su asiento sin soltar a su perrito de entre los brazos. Su melena negrísima y larga, su atavío espectacular, hecho de brocados rojos y plateados con pieles de *renard argenté*, y sus joyas fastuosas, abundantes en esmeraldas, diamantes y platino, eran como elementos para convertir a la famosa amante del rey belga en un auténtico espectáculo por sí misma. Brian la imaginó desnuda en escena, con su piel de

alabastro y sus formas llamativas, y comprendió su éxito por mala artista que fuese. Entre los brocados de aquel vestido, una fina malla revelaba las curvas y la desnudez de sus pechos macizos, sus caderas ampulosas y hasta su trasero rotundo y vibrante. Era una mujer todo sexo y temperamento.

La pequeña y humilde filipina se sentó junto a Oriana Vetri modosa, casi avergonzada, sonriendo a todos y excusándose en español tímidamente. Sólo la Vetri pareció entender la lengua latina, respondiendo en el mismo idioma con suavidad:

—No tiene que preocuparse, querida. Puede cenar tranquila con nosotros. Detesto a ciertas razas, pero la amarilla no se cuenta entre ella, se lo aseguro.

El clima tenso en el coche-restaurante parecía haber cedido definitivamente. El eslavo abrió la puerta del vagón para abandonarlo. Una ráfaga de viento frío, con olor a carbonilla, penetró por un momento en el mismo. Cesó de inmediato al cerrarse la puerta. La filipina, en ese punto, se estremeció, dejando caer con fuerte ruido su cubierto al suelo. Se persignó, ante la sorpresa de sus compañeros de mesa.

—¡Jesús! —dijo en español—. Es la Muerte…

—¿Qué? —demandó Oriana, volviéndose a ella con rapidez y fijando sus ojos en la oriental a través de sus vidrios oscuros.

—La Muerte, señorita… —dijo la filipina—. Creo que acaba de entrar en este tren. Yo siempre la presiento. Desde que era niña. Está *aquí*, ahora. Entre nosotros…

Brian no entendía mucho español. Pero estuvo unos meses en Buenos Aires y podía traducir algo, trabajosamente. Miró perplejo a la menuda sirvienta de Cleo de Montesco. Su gesto reveló que la había comprendido.

—¿Sabe lo que ha dicho, Jefford? —preguntó Oriana pensativa.

—Sí —Brian pestañeó—. Extrañas palabras…

—Muy extrañas. Pero no haga caso de los orientales —sonrió Oriana—. Son mucho más supersticiosos que los occidentales. Y más aún si tienen influencia española.

Brian no dijo nada. Cortó lentamente su filete en salsa, con puré de patata y legumbres en torno. De pronto le ocurría como al eslavo servicial. No tenía demasiado apetito. Recordó la visión de la cabeza en el vacío que mencionara Nanette. Y ahora, esas palabras

de la filipina…

Tal vez eran imaginaciones suyas, pero sentía cierta aprensión. Miró en torno, al lujoso, confortable y bien iluminado coche-restaurante del Orient Express, con su heterogénea y pintoresca asistencia. Parecía tan absurdo imaginar cosas terribles en aquella atmósfera mundana y sofisticada…

Pero pronto la realidad iba a dar la razón a sus aprensiones y al miedo supersticioso de la criada filipina.

CAPÍTULO III

Se cruzaron con el Maharajá y su escolta en el pasillo. Más de medio coche era ocupado por el hindú, sus esposas y sus criados y guardianes. Fue un desfile espectacular de sedas, brocados, perlas y colores brillantes, con el aroma tradicional del exotismo de aquellas gentes. Brian sonrió, imaginando lo que hubiera sucedido, si Cleo de Montesco se hubiera cruzado con ellos. Pero ella ocupaba un compartimento en otro vagón, al otro lado del coche restaurante, y el encuentro no era posible.

—Soy amigo personal de *monsieur* Housemann, director de Wagons-Lits en París —explicó en ese punto el coronel, que les seguía por el pasillo del coche-cama—. Le voy a presentar una seria reclamación por ese arbitrario modo de repartir los turnos de cenas en este viaje, desde luego.

—¿Lo hace por rencor a sus viejos enemigos coloniales o porque le irrita tener que comer en un turno fijo, coronel? —preguntó Oriana Vetri irónicamente.

—Por favor, señorita, no guardo rencor a nadie —se ofendió el coronel Arlington—. Un militar gana o pierde una guerra sin odios hacia nadie. Es nuestro trabajo y hemos de cumplirlo. Eso es todo. Dejé buenos amigos en la India, e incluso en el Transvaal, se lo aseguro.

—No me sorprende —rió la ítalo-húngara—. Es usted un caballero muy agradable, coronel. No haga caso de mi pregunta, era pura broma. A mí tampoco me gusta tener que ir un solo turno, por culpa de ese Maharajá. Pero no esperaré a estar en París para protestar por ello. Mañana mismo exigiré que se dispongan dos turnos normales, y uno especial para ese hindú. Creo que todos ustedes me apoyarán en esa demanda.

—Desde luego —asintió Brian, añadiendo risueño—: Sobre todo, Cleo de Montesco.

—Oh, ésa… —hizo Oriana un gesto despectivo—. No cuento con ella. Es una mujer irritante. La pobre Tara, esa criadita filipina que compartió nuestra mesa, debe pasarlo bastante mal con ella…

—Pero posiblemente pague bien, y eso cuenta mucho para personas cuya vida en su país de origen es difícil y hasta miserable —apuntó el coronel, parándose ante su cabina, apoyado en su negro bastón de malaca—. Bien, señores, les dejo. Mi gratitud y mi complacencia por haber sido aceptado esta noche en su mesa. Fueron unos compañeros de cena sumamente gratos. Les deseo felices sueños.

—Hasta mañana, coronel —dijo Oriana, mientras Brian apretaba la mano de su compatriota y seguía camino tras ella.

Llegaron ante sus respectivas cabinas. Se despidieron cordialmente. Brian se sorprendió cuando los rojos labios de Oriana Vetri se pegaron en los suyos un momento. El contacto de aquella carnosa boca le hizo estremecer. Luego, risueña, ella se introdujo en su cabina, con una despedida suave, pronunciada con voz melosa:

—Hasta mañana, querido amigo. Espero compartir con usted muchas horas más…

Cerró tras de sí. Brian se dispuso a entrar en su propia cabina, cuando recordó algo. Miró la puerta hermética del compartimento
9-F
. Caminó hasta él. Vaciló, sin saber qué hacer. En ese punto, el conductor del coche se acercaba a aquel lugar. Le tomó por un brazo.

—Dígame, ¿ha pedido algo la señorita del
9-F
? —demandó.

—No. nada, señor. Ni siquiera una botella de agua.

—¿Estará bien? —se inquirió Brian.

—Supongo que sí, señor. Tal vez se tomó algún sedante. Parecía necesitarlo.

—Sí, es cierto. Bien, veamos por si acaso… —golpeó con los nudillos en la puerta. No respondió nadie. Insistió dos veces más. A la tercera, sonó una voz somnolienta detrás de la puerta:

—Sí… ¿Quién es?

—Yo, Brian Jefford, señorita Renant —dijo—. ¿Se encuentra bien, desea algo?

—Sí, estoy bien. No necesito nada, gracias. No tengo apetito. Tomé unas pastillas. Estoy descansado bastante bien, no se moleste por mí.

—Bien, eso es todo —suspiró Brian—, buenas noches, señorita.

—Buenas noches. Y gracias.

Más calmado, regresó a su compartimento, despidiéndose del conductor. Entró y cerró con el pestillo. Se sentó en su litera, comenzando a desvestirse. Contempló la puerta de comunicación con la cabina de Oriana Vetri, cerrada por ambos lados como ocurría siempre que los viajeros de las cabinas no iban juntos. Recordó su fascinación, su belleza voluptuosa, su sensualidad. También recordó las formas de Cleo de Montesco. Eran dos mujeres distintas, pero igualmente cargadas de sensualidad. Mujeres que pueden enamorar a reyes, magnates, políticos… Así eran las artistas, las aristócratas del Orient Express… y hasta las espías.

—Espías… —suspiró Brian—, dicen que viajan muchas en este tren. Tal vez alguna de ellas lo sea. ¿Qué puede importarme? Sólo como tema de un reportaje, en todo caso…

El tren silbó en la noche. Debían estar aproximándose a la frontera alemana. Habían parado ya en Nancy. La próxima parada sería Estrasburgo. Luego, ya en suelo alemán, Stuttgart y Munich.

Miró por la ventanilla. Nevaba copiosamente y la noche debía de ser gélida allá fuera. El convoy trepidaba sobre las vías, a toda velocidad, en su viaje hacia Oriente. Las luces de las ventanillas se proyectaban como manchas resplandecientes en el blanco manto de la nieve, desfilando vertiginosamente en la noche.

Sentía sueño. Se acostó. Antes de apagar la luz, tendido ya en su litera, pensó de pronto en las extrañas palabras pronunciadas en español por Tara, la tagala:

«*La Muerte acaba de entrar en este tren. Siempre la presiento. Está aquí, entre nosotros*…».

—La Muerte… —repitió entre dientes Brian, tapándose con las mantas—. Aquí, en el tren… entre nosotros…

Bostezó. Cerró los ojos. Le invadió el sueño.

El Orient Express seguía surcando la oscura noche blanca de una Europa invernal, azotada ya en aquel año de 1910 por oscuro presagio y vientos de guerra que sólo tardarían unos pocos años más en estallar…

Y era cierto. La Muerte estaba a bordo del expreso de Estambul.

Ahora mismo se deslizaba por sus corredores, para cumplir su siniestro designio.

* * *

El empleado encargado de cuidar el furgón de equipajes caminaba pesadamente entre un vagón y otro, de regreso a su puesto de trabajo. No era su tarea precisamente divertida, a lo largo de los dos días y medio que duraba aquel viaje hasta Estambul. Cuidando de fardos y equipajes pesados, en el lóbrego furgón cerrado que formaba la cola del Orient Express, se limitaba a pensar en los viajeros que gozaban de los lujos de aquel tren, de sus comidas exquisitas y abundantes, de sus cabinas confortables y de todas las atenciones imaginables, mientras él consumía lentamente sus horas entre cajones, baúles y paquetes consignados a los diversos destinos por los pasajeros del suntuoso convoy.

Por ello, de vez en cuando, se permitía ir a reunirse con el jefe del tren, el interventor Oleg Nilstrom, un sueco a quien le encantaban la buena cerveza y el vino de mejor calidad. Cuando algo de eso faltaba, tampoco le venía mal un brandy o una ginebra. Ahora mismo, juntos ambos en la cabina reservada al interventor, habían tomado un par de copas en amigable compañía, mientras en el coche-restaurante se cerraba el turno de cenas con el Maharajá de Kamalpur y su cohorte de esposas y siervos.

Canturreando una cancioncilla, el encargado del furgón regresó así a su lugar de trabajo. Pasó por la unión de ambos vagones, respirando el aire cargado de humo y carbonilla que se filtraba por el fuelle de unión, y se dispuso a echar una cabezada entre altas pilas de cajas y baúles, mientras el ferrocarril emitía estridentes silbidos sobre las vías atravesando la noche hacia la frontera prusiana.

De repente, se paró en seco, mirando sorprendido hacia la zona que alumbra la solitaria lámpara colgada del techo del vagón, por encima de cajas y bártulos facturados en París.

La caja abierta era bien visible a aquella luz. Sus tablas habían sido arrancadas con violencia y separadas, dejando un amplio

boquete en su parte lateral y superior. Era una caja oblonga, rectangular y pesada, facturada con destino a Sofía. El nombre de su remitente y destinatario era búlgaro: Janos Podkov.

Se acercó, alarmado. Nunca le había ocurrido nada parecido. En el Orient Express podía haber espías, ladrones de guante blanco y hasta estafadores de lujo, pero jamás rateros que se ocuparan de expoliar los equipajes. Se maldijo por haber abandonado su puesto de trabajo, siquiera fuese por unos minutos. Aquello podía costarle el cargo, dada la severidad con que la Wagons-Lits trataba a sus empleados si éstos incumplían alguna de sus obligaciones.

—Que el diablo me lleve —farfulló, despejándose del todo su cabeza cargada por el vapor del buen vino que tomara con Oleg Nilstrom, el jefe de tren—. ¿Qué diablos ha ocurrido aquí en mi ausencia?

Llegó hasta la caja abierta, que tendría unos dos metros y medio de larga por uno de ancha y unos setenta centímetros de alta. Se inclinó para ver cómo estaba su contenido tras el destrozo. Se quedó de una pieza.

¡El embalaje de madera contenía *un ataúd*!

Estupefacto, con la mirada fija en aquel tétrico embalaje negro, con una cruz plateada encima, se persignó con supersticiosa aprensión. Era la carga que menos podía gustarle.

Entre otras cosas, porque estaba prohibido embarcar en el Orient Express nada parecido. Sólo se admitían equipajes normales, incluso aquella serie de cajas que formaban la valija de artistas como El Gran Maxwell o de potentados como el Maharajá hindú. Pero un ataúd…

De nuevo soltó una sarta de maldiciones, comprobando lo que la etiqueta anunciaba en su exterior, respecto al contenido del embalaje: «artículos familiares».

—¡Y tan familiares! —rezongó el empleado, sudoroso e incómodo—. Ese tipo búlgaro es capaz de haber embarcado esta caja negra con cadáver y todo, maldito sea…

Y, movido por sus temores, alargó sus rudos brazos, tratando de comprobar si la tapa del ataúd se movía. Quería saber si estaba vacía… o bien ocupada por la temida carga humana.

La tapa cayó de costado sólo al empujarla levemente. El empleado pegó un respingo y dio instintivamente un salto atrás,

pese a toda su corpulencia. No temía encararse a un grupo de rufianes, pero la muerte siempre impresiona de otro modo.

El féretro estaba vacío. Casi respiró con alivio, pero sólo por un instante. Luego, sus ojos se clavaron en el raso color morado que lo forraba. Se estremeció.

Sobre aquel raso fúnebre, destacaba un marchito ramo de flores y un trozo de tela blanca desgarrada, prendida a un remache de la caja. Tenía todas las trazas de pertenecer a una mortaja funeraria…

Tragó saliva, mirando en derredor con aprensión creciente. Nunca le habían parecido tan pavorosas las sombras del furgón, con sus pilas de cajas erguidas allí, como fantasmas en la penumbra. La idea de que aquel féretro hubiera podido contener un cadáver que ahora no estaba donde debía de estar, no era lo más tranquilizador para el empleado ferroviario.

—Dios nos asista. Si estaba muerto el que yacía ahí, no puede haber salido solo —musitó, hablando consigo mismo—. A menos que…

Prefirió no pensarlo. No era una idea agradable ni mucho menos. Pero fuese como fuese, tenía que informar al jefe de tren de aquellos hechos. Había un acto de violencia sobre un equipaje, una carga ilegal a bordo… y posiblemente un cuerpo humano desaparecido. A su nariz llegó un olor peculiar, procedente del ataúd abierto. Sintió un escalofrío. Era olor a algo dulzón, a algo *embalsamado*… En ese momento, el tren trepidó con más violencia al doblar alguna curva sobre vías poco seguras, y lanzó un grito de sobresalto, como si una mano helada le hubiera tocado el hombro.

Se volvió, mirando hacia todas partes con inquietud creciente. No le gustaba nada todo aquello, pensó dando media vuelta y dirigiéndose a la salida del furgón.

Entonces tropezó con algo caído en el suelo. Inclinó la cabeza, mirando al objeto que había golpeado su pie. Sufrió una nueva conmoción y un frío glacial pareció hormiguearle hasta la nuca.

Había pisado una zapatilla blanca. Blanca como el jirón de tela del ataúd. A alguien se le había caído ese liviano calzado del pie. Y no quería pensar a quién, pero temía intuirlo…

Corrió despavorido hacia la salida. Lo hizo tan violentamente, que se golpeó contra una pila de cajas que reposaban apoyadas en el muro del vagón, junto a la puerta del mismo.

Tan fuerte fue el impacto, que las cajas oscilaron, a punto de desplomarse sobre él. Todas ellas eran parte del equipaje teatral del Gran Maxwell, el ilusionista y domador de fieras.

No llegaron a caer. Algo, sin embargo, que hasta entonces permaneciera tras las cajas, se desplomó encima del empleado del furgón. Éste notó el impacto de un peso muerto sobre su cuerpo, se retiró, alarmado… y algo golpeó sordamente el suelo, quedando inmóvil a sus pies.

Un alarido desgarrador escapó de labios del hombre, que contempló con pavor aquella presencia escalofriante rozando la punta de sus zapatos.

Era un cuerpo humano. El cuerpo de un hombre inerte, con el cuello segado de oreja a oreja, la cabeza ladeada de lo profundo que era el tajo del que había escapado tanta sangre, que empapaba y acartonaba las ropas del infeliz.

Pero lo peor no era eso, con ser malo. Lo peor eran aquellos ojos fijos en el techo, en la luz del furgón, pero que no podían ver ya nada. Porque aquellos ojos habían sido vaciados totalmente, de forma brutal y despiadada, y de sus cuencas vaciadas habían escapado dos regueros de sangre oscura y de humor ocular, formando dos regueros espantosos en el rostro lívido y crispado.

Gritando sin parar, como presa de un ataque de locura, el empleado del furgón corrió hacia los coches-cama, en demanda de auxilio.

CAPÍTULO IV

El doctor René Villiers se incorporó, con un suspiro de conformidad.

—Le mataron de un solo tajo en el cuello. Degollado en el acto —informó—. Un corte casi profesional, diría yo. Profundo, seco y preciso. Luego, el asesino se ensañó con él, vaciándole sin duda los ojos con la misma arma, ya fuese un cuchillo o un bisturí, caballeros. Ha sido un crimen realmente horrendo.

Reinó el silencio en el furgón, mientras varias personas rodeaban, demudadas, el cuerpo sin vida. Estaba allí el jefe de tren, Oleg Nilstrom, el empleado del furgón, el viajero que había resultado ser médico de profesión, y varios camareros y conductores de coches-cama de la Wagons-Lits.

—Supongo que ningún policía viajará en este tren… —señaló Nilstrom todavía impresionado.

Los conductores de coches-cama miraron entre sí, negando con la cabeza. Nilstrom tomó una rápida decisión inmediata.

—Haremos una breve parada de emergencia en cualquier estación —informó—. Telegrafiaremos desde allí a Estrasburgo para que un policía suba al tren y se haga cargo del caso lo antes posible. Ha sucedido en suelo francés, pero los franceses ya no pueden resolverlo[3].

Nadie objetó nada a esa medida prudente del jefe de tren. Luego, el doctor Villiers se frotó las manos como si las limpiara de una imaginaria suciedad, sin dejar de contemplar el cadáver.

—¿Saben quién es él? —indagó.

—No —negó el jefe de tren—. Ni sé cómo pudo venir a parar aquí, doctor. No está permitido a ningún viajero entrar en el furgón de equipajes.

—Tal vez el asesino lo arrastró hasta aquí.

—Tal vez —el jefe de tren se inclinó, revisando los bolsillos del difunto. Halló en su bolsillo del pantalón de inmediato un resguardo

de su billete de tren. Leyó la cabina que le correspondía—: Compartimento
9-B
. Coche nueve. Busquen al conductor del coche nueve y que nos diga quién viajaba allí… Este hombre no lleva documentación encima. Resulta lógico, puesto que va en mangas de camisa.

Minutos después, el conductor del coche número nueve estaba allí, identificando en el acto al viajero muerto.

—Cielos, claro que sé quién es —dijo muy pálido—. Se trata del coronel Wessley Arlington, un caballero inglés. Creo que era militar retirado. Le vi salir al pasillo a fumar un cigarrillo antes de que la señorita que ocupa el compartimento
9-F
me pidiera un agua mineral. Cuando volví con ella, el hombre no estaba ya en el pasillo. Imaginé que habría entrado en su cabina de nuevo.

—¿Iba igual que ahora, en mangas de camisa? —indagó el jefe de tren.

—Así es. Llevaba su bastón negro, con puño de plata. Cojeaba bastante.

—No veo ahora ese bastón —dijo el sueco Nilstrom, mirando en derredor—. Bien, señores, será mejor dejar el cuerpo en el furgón por el momento, y esperar a que algún policía suba en Estrasburgo para saber lo que se puede hacer en este desagradable asunto. No alarmen inútilmente a los viajeros con sensacionalismos. A nuestra clientela no le gustan los escándalos, y menos aún los asesinatos.

—Sobre todo, tan brutales como éste —jadeó el doctor Villiers, asintiendo—. Me horroriza la idea de que haya alguien tan sádico como para vaciar los ojos de un muerto… Si me necesitan para algo más, estaré en mi compartimento… Ya me pareció a mí que, habiendo un muerto cuando salíamos de París, aquel desdichado agitador terrorista, nada bueno podía pasar en este viaje…

Nadie comentó nada. El médico se retiró a su cabina, y los empleados del Orient Express se dispusieron a pasar una mala noche hasta que la policía se ocupara del asunto.

El cadáver del coronel Arlington fue cubierto con una manta, y una falsa paz pareció reinar en el convoy de lujo mientras hendía la noche, imparable, rumbo al este de Europa, ya cubriendo las

regiones más orientales de Francia, hacia la frontera prusiana. Telegrafiaron desde la estación fronteriza a Estrasburgo, para que un policía alemán se hiciera cargo provisionalmente de tan feo asunto.

Y así fue. En la capital alsaciana, un tal comisario Gert Heinzel subió a bordo del Orient Express para llevar las diligencias propias del caso.

* * *

Solamente tres personas en el tren fueron interrogadas en sus cabinas respectivas, por motivos diversos. Una fue el Maharajá de Kamalpur, que se negó altivamente a ser mezclado con los demás para un interrogatorio policial. Por deferencia a su condición, el comisario Heinzel le interrogó brevemente en su cabina de lujo, con ayuda de un intérprete. La segunda persona a interrogar en su compartimento fue la joven y frágil bailarina Nanette Renant, más conocida como Lydia Ophuls en el mundo del arte escénico. Y la tercera en gozar de tal deferencia, una vieja dama achacosa y gruñona, que viajaba con su doncella y secretaria personal en el coche número diez.

Ninguno de ellos aportó nada nuevo ni revelador al caso, como era de esperar. Sólo la joven Nanette, mortalmente pálida, estuvo a punto de sufrir otro desvanecimiento cuando el comisario alemán nombró el hecho de que el coronel Arlington hubiera sufrido el vaciado de sus ojos tras el degollamiento.

Brian Jefford, que estaba presente en el interrogatorio por cortesía del comisario Heinzel —y también porque el inglés y el francés del policía prusiano no era demasiado bueno, y en cambio Brian era buen conocedor del alemán, y le sirvió de intérprete en ocasiones—, le explicó la naturaleza de sus visiones, alucinaciones u obsesiones. El comisario asintió, ceñudo, mirando a la demudada joven.

—Entonces, *mein freund*, podría ser que tales visiones no fueran tan irreales como usted pensó —hizo notar el comisario frotándose el mentón.

—¿Qué quiere decir, comisario? —se sobresaltó Brian.

—*Nichts, nichts* —negó Heinzel secamente, con mirada ausente —. Pero ¿ha pensado usted en la posibilidad de que alguien esté tratando de aterrorizar a esta joven? Alguien que, tal vez, tenga directa relación con semejante crimen…

—Es una posibilidad, sí —admitió Brian Jefford, confuso.

El alemán se despidió cortésmente de la joven, tras averiguar que sus pretendidas alucinaciones las había tenido en casa de sus tíos en Reims, en la pensión parisina y en el teatro, así como la última habida en el propio expreso. Tras interrogar finalmente a la anciana enferma, citó a todos los demás en el vagón restaurante, mediante turnos rápidos y calculados.

La noche se estaba echando a perder, evidentemente. El comisario quería trabajar de prisa, porque cuando dejaran atrás Munich, entrarían en el Imperio Austro-húngaro, y dejaría de ser jurisdicción suya el suelo del convoy internacional.

Pero lo cierto es que cuando amaneció, sobre una Europa nevada, blanca y deslumbrante, surcada por gélidos vientos, ya se hallaban entre Stuttgart y Múnich, y nada se había aclarado respecto a la trágica muerte del coronel Arlington.

—Usted dice que cenó en compañía suya y de esa espectacular damita que me acaba de presentar durante el interrogatorio —comentó el comisario Heinzel, sentado frente a Brian Jefford, ojeroso y cansado ante una taza de café, en una mesa del vagón restaurante, vacío a la hora del desayuno a causa de la fatiga que sentían todos los viajeros tras la pesquisa nocturna.

—Así es —afirmó Brian—, el coronel era el típico militar retirado que evoca constantemente sus recuerdos de guerra. Nos habló de la India, de África Austral, de los rebeldes hindúes, de los bóers, de Kitchener y todo eso. Pero nada o casi relativo a sí mismo como persona o a sus posibles amistades o enemistades dentro o fuera de este tren. Había estado muchas veces en París, amaba la buena vida y sufría una herida en una pierna, recuerdo de su campaña en la India, cerca de Peshawar. Parecía detestar los asuntos judiciales, según contó, a causa de un viejo asunto en que tuvo que servir de testigo contra alguien, pero no se extendió en eso. Creo que fue todo lo que hablamos con él la señorita Vetri y yo.

—Oh, la señorita Vetri… —repitió con tono ponderativo el policía prusiano—. Una dama *sehr schón*[4], ¿verdad?

—Sí, así es, comisario —meditó Brian Jefford, extendiendo mantequilla sobre su tostada lentamente, mientras una luz tibia, de sol velado por nubes blanquecinas, se reflejaba con intensidad en la albura de las montañas germanas y en el espesor de los bosques que desfilaban al otro lado de la ventanilla. De vez en cuando, un pueblecillo de empinados tejados y puntiagudas torres, pasaba rápido, perdiéndose en la distancia.

—Y además de hermosa…, ¿cómo dirían ustedes? Es… inquietante. Sí, eso es: inquietante, señor Jefford.

—De acuerdo, comisario. Es inquietante, como lo puede ser esa artista, Cleo de Montesco.

—Oh, *nein, nein* —rechazó vivamente Gert Heinzel—, no es lo mismo. Esa artista es superficial, pura teatralidad estudiada. Su amiga, *fraulein* Vetri, es distinta. Fría, calculadora, siempre alerta… Exótica e impenetrable a la vez. Muy interesante dama, la verdad. Mucho… Ahora, discúlpeme. Debo poner en orden mis notas. Confieso que me siento confuso por completo respecto a este crimen… Y me temo que tendré que ponerlo en manos de un colega austrohúngaro en cuanto lleguemos a Viena…

Se puso en pie y se encaminó pensativo hacia la salida del coche restaurante. Antes de abandonarlo, agitó su mano hacia Brian y se despidió con un suave «auf wiedersehen» que Brian respondió con un movimiento de cabeza mientras mordía su tostada con mantequilla.

Tras él, sonaban palabras airadas en ese momento, cuando dos hombres entraron en el coche-restaurante:

—¡Tienen que resolver esto cuanto antes y no importunar a los viajeros! —tronaba una fuerte voz en inglés, con el gangoso acento americano que tan inconfundible resultaba para Brian—. ¡Estoy harto de que ese prusiano me haga preguntas estúpidas y me mire como a un sospechoso! ¡Yo soy Terence Boyd, un político importante en Nueva York, y he sido juez antes de ser lo que soy, de modo que estoy fuera de toda sospecha!

—Lo sé, señor, lo sé —dijo con humildad el jefe de tren, Oleg Nilstrom, capeando como podía el temporal—, pero yo no puedo dar órdenes al señor comisario. Este es un asunto criminal, y es él quien debe tomar sus medidas…

—Sé muy bien cuándo un asunto es criminal, no diga tonterías.

Por algo fui juez en mi país durante años enteros. He condenado a varios asesinos en mi vida. Lo que no soporto son las molestias arbitrarias. Ni las torpezas que se cometen en este tren. Por ejemplo, ¿es cierto que ha desaparecido un cadáver que viajaba entre los equipajes?

—Pues… me temo que sí, señor —balbuceó el jefe de tren, cohibido.

—Eso creí oírle contar al comisario por parte de un empleado suyo —se había sentado a una mesa, al lado opuesto de Brian, y tomó su cucharilla de café, apuntando hacia el jefe de tren con ella, como si fuese un dardo a punto de ser arrojado—, ¿es que no saben que en un tren como éste resulta grotesco y lamentable que se introduzca un cadáver ilegalmente?

—Claro que lo sé, señor Boyd. Estamos consternados con ese hecho. El viajero que ha quebrantado las normas, embarcando sin permiso un cadáver que no declaró, es un pobre búlgaro apesadumbrado y torpe, un tal Janos Podkov que perdió a su esposa en París. La amaba mucho y quiere sepultarla en tierra búlgara. No quiso cubrir trámites legales y recurrió a una estratagema para introducir aquí el cadáver de su esposa, rumbo a su país natal.

—Cielos, ¿aún pretende usted justificarle? —tronó el americano irritado—. ¡Un cadáver en este tren, un cadáver que desaparece y anda perdido por ahí, mientras un ex coronel del Ejército británico es asesinado de forma horrible! ¿Y a esto le llaman ustedes en Europa un tren de placer y de lujo?

—El señor Podkov será castigado por la ley, se lo aseguro. La Wagons-Lits le va a presentar denuncia. Lo malo es que él también piensa demandarnos por la desaparición del cadáver de su esposa. Exige que sea hallado lo antes posible. Este es un problema delicado, señor Boyd.

—A mí sus problemas me tienen sin cuidado —cortó el americano—. Ahora déjeme en paz. Trataré de desayunar algo, si es que todo este repulsivo asunto no me ha estropeado el estómago.

—Sí, señor Boyd, lamento todas las molestias —dijo el jefe de tren, retirándose apuradamente.

Brian giró la cabeza mirando al altivo americano, que pedía su desayuno con aspereza al joven camarero italiano. En un momento dado, la mirada de ambos viajeros se encontró.

—Espantoso tren —comentó Terence Boyd—. ¿No le parece, caballero?

—Yo lo encuentro muy confortable —replicó Brian, seco—. Bastante más que cruzar el oeste de su país en el cansino Unión Pacífico, la verdad.

El político americano se sintió herido en su orgullo. Miró fríamente al inglés y, con dignidad, se dedicó a mirar por la ventanilla al nevado paisaje prusiano, sin dignarse responder. Brian sonrió, apurando su desayuno sin prisas.

De repente, en alguna parte del tren, volvió a oírse un grito de terror. Y nuevamente era de una garganta de mujer, no lejos del coche-restaurante.

Jefford se precipitó a la carrera hacia la puerta de donde procedía el grito, preguntándose qué podía suceder ahora…

* * *

La princesa Rasnikoff estaba como muerta. Sólo el hecho de hallarse en pie, pegada al muro del vagón, como si hubiera visto ante ella a todos los demonios del infierno, permitía descubrir que, pese al tono marmóreo de su piel y al vidrioso de sus ojos desorbitados, estaba viva y bien viva.

—Alteza… ¿Qué le ocurre? —preguntó con avidez Brian, tomándola por un brazo, en busca de alguna reacción por parte de la aristócrata real rusa.

—Dios mío, es increíble… —murmuró entrecortada la princesa, mirando al joven británico casi sin verle—. *Esa mujer*…

—¿Mujer? ¿Qué mujer? —quiso saber Brian, contemplando el largo y vacío pasillo, que empezaba a poblarse ya de gente que, alarmada por el grito, abría las puertas de sus cabinas para asomar en busca de la causa del mismo.

—Esa mujer extraña…, fantasmal… —jadeó la rusa—. Iba por ahí… como un espectro. Lívido, con una rigidez sorprendente, la mirada en el vacío… Vestía…, vestía un largo y blanco sudario… y una cruz colgaba de su pecho…

Brian tragó saliva. Recordó el misterioso suceso del furgón de equipajes, donde un cadáver femenino había desaparecido, el de

una mujer búlgara fallecida en París. Sintió, un leve sudor húmedo en su frente y en las palmas de sus manos.

—¿Dónde la vio, Alteza? —fue su siguiente pregunta.

—Ahí mismo… —señaló vagamente el corredor—. Caminaba ante mí. Se volvió al oír mis pasos. Estaba tan blanca, tenía un rostro cadavérico… Era hermosa, sí; rubia, de ojos muy azules… pero no parecía de este mundo. Me contempló distante, Vacía, extraña… Grité, sí, grité entonces, me tapé los ojos despavorida, creyendo que iba a desmayarme… y cuando he vuelto a abrirlos, era usted quien venía hacia mí. No vi a nadie más.

Brian dirigió una mirada pensativa por el corredor. Ya el Gran Duque aparecía a todo correr, revólver en mano, con gesto alarmado. Voceó al ver a su esposa, en lengua rusa:

—*Liocubóv, kak pojiváietie?*[5] —y añadió en inglés—: ¿Qué pasa aquí?

—*Nitchievó* —respondió ella dulcemente—. Nada, querido… Ya nada…

—No se alarme —terció Brian dirigiéndose a Wladimiro Oliev—. Su esposa se encuentra bien, aunque un poco asustada. Cree haber visto a un fantasma, un muerto que anda.

—¡Un fantasma! —exclamó el Gran Duque—. *Eto nievoz-mójno*![6]

—Sí, parece imposible —aceptó Brian—, pero muchas cosas en este tren empiezan a parecerlo… y sin embargo están ocurriendo. Trate de recordar. Alteza, ¿dónde vio con exactitud a esa dama antes de tapar sus ojos?

—Ahí, justamente ahí… —y señaló un punto preciso del pasillo, a cosa de unas diez yardas de su posición.

Brian caminó hasta el lugar indicado. La princesa afirmó con la cabeza. Brian miró ante sí. La puerta de un lavabo se hallaba frente a él. Avanzó decidido y movió el tirador. La puerta cedió. Se asomó. Estaba vacío. No había nadie en el lavabo. Miró también en el retrete, con igual resultado. Allí no había nadie. Por la ventanilla, desfilaba vertiginoso el nevado paisaje. Si la misteriosa mujer había entrado allí, tuvo que salir por la ventanilla. A menos que volara, eso parecía improbable.

Regresó al corredor. La princesa gemía en brazos del Gran Duque. Evidentemente, parecía muy asustada todavía. El aristócrata ruso miró a Brian muy serio.

—Es extraño —dijo sordamente—. Su Alteza no es nada miedosa ni ha visto jamás cosas que no existen. Nunca vi a Olga así…

—Al menos sé que se llama Olga —pensó Brian, afirmando con la cabeza. Luego hizo un comentario en voz alta—: Tal vez los nervios tras lo sucedido esta noche…

—No, no —negó rotundo el Gran Duque—. No le afectó tanto. En mi país estamos habituados a enfrentarnos con situaciones poco agradables, señor Jefford.

—Si esa mujer estuvo aquí, no sé cómo se evaporó —miró fijamente al hombrecillo furtivo, de rostro eslavo, que asomaba por el corredor ahora. Fue hacia él y le tomó por un brazo con energía —. Espere, señor Podkov, quiero hablar con usted.

—Déjeme —pidió en mal francés el búlgaro—. No tengo ganas de hablar con nadie.

—Yo, sí. ¿Su esposa *era* rubia, de ojos azules? ¿Llevaba una mortaja blanca?

—Sí… —jadeó el otro, mirándole sorprendido—. ¿Por qué dice eso?

—¿Llevaba una cruz al pecho? —insistió Brian.

—Dios mío, sí… Mi pobre Vladia… ¿Han encontrado acaso su cadáver?

—Su *cadáver*, no, señor Podkov —dijo fríamente Brian, clavando en él sus ojos, mientras el Gran Duque y la princesa Rasnikoff les contemplaban demudados—. Pero al parecer una muerta viviente se pasea por este tren con el mismo aspecto que su esposa tenía dentro del féretro…

Janos Podkov le miró largamente, dilató sus ojos con una mezcla de angustia, horror y sobresalto, y pronunció unas palabras en lengua eslava que inicialmente no supo entender:

—*Vrolok… Stregoica… Pokol vlkoslak…* No, no. Dios mío, piedad para ella… ¡Noooo!

Y se desplomó ante él como fulminado por un rayo.

CAPÍTULO V

El primer turno de almuerzos no estaba demasiado concurrido esta vez.

Habían logrado resolver el problema que significaba el Maharajá y su comitiva, disponiendo un tercer turno especial, en exclusiva para el magnate hindú y su gente, y así los dos turnos regulares de servicio estaban a disposición de los demás viajeros.

Brian se acomodaba en una mesa del confortable coche-restaurante de lustrosas paredes de caoba, lámparas en techo y muros, cortinajes de terciopelo verde oscuro y finas mantelerías de hilo con el bordado de Wagons-Lits y el distintivo especial del Orient Express. Le acompañaban en esta ocasión los propios Duques rusos y el comisario Heinzel. Ya antes de ir a almorzar, había comprobado que Nanette estaba bien y había pedido el almuerzo en su cabina. En cuanto a la otra hermosa vecina, la exótica y enigmática Oriana Vetri, había manifestado su deseo de acudir al segundo turno de almuerzo para recuperar algo del sueño perdido durante la agitada noche.

El cadáver del infortunado coronel Arlington había sido desembarcado en Stuttgart por orden de la policía alemana, y eso en cierto modo parecía haber contribuido a relajar un poco la atmósfera a bordo del convoy.

Pero todavía en la mente de todos estaba el extraño suceso reciente de aquella mañana, cuando Su Alteza real la princesa Rasnikoff había visto vagar por el corredor a una mujer extraordinariamente parecida al evaporado cadáver de Vladia Podkov, la difunta esposa del búlgaro.

De ello hablaban en esos momentos los cuatro comensales, mientras la nieve seguía siendo, cada vez más copiosamente, el elemento invariable del paisaje al otro lado de las ventanillas. Con la proximidad de Múnich, proliferaban los grandes bosques vecinos

a Baviera, los pueblecillos alpinos y las dentadas montañas al fondo, con su festín blanco recortándose en el cielo nuboso, que presagiaba nuevas tormentas y nevadas.

—Las palabras de ese búlgaro son, en cierto modo, reveladoras de que o bien el pobre diablo es sumamente supersticioso y crédulo de leyendas de sus tierras… o que estamos realmente ante un caso de resurrección maléfica.

Era el Gran Duque quien había hablado, mientras desmenuzaba su pollo en salsa flanqueado de legumbres, tras tomar un sorbo de vino tinto. Su tono era serio, sin matiz burlón alguno. Brian le miró pensativo. También el comisario Heinzel, mientras la princesa se limitaba a juguetear con su cuchi lio en el plato, sin aparente entusiasmo por la comida.

—¿A qué se refiere, señor? —quiso saber el policía prusiano suavemente.

—A algo muy simple, comisario. Ese hombre usó palabras eslavas, algunas serbias y otras procedentes de Eslovaquia. Como ruso, creí entender lo que significan. Y no me gustó mucho, la verdad.

—Alteza, no soy un experto en lenguas eslavas ni creo que lo sea *herr* Jefford —sonrió afablemente el policía—. ¿Quiere aclararme eso?

—Muy gustoso. Ese hombre citó cuatro palabras bastante inquietantes por sí solas, pero que unidas adquieren un sentido aún más preocupante. Primero dijo *vrolok*, para terminar con *vlkoslak*, palabras que vienen a significar algo muy semejante, si bien la primera es puramente eslovaca y la segunda serbia. Ambas se refieren a cierto mito muy popular en los pueblos eslavos, un ser mítico y terrible, una especie de hombre lobo o vampiro.

—Cielos, ¿*eso*? —jadeó con escepticismo el comisario Heinzel, sonriendo burlón.

—Déjeme terminar. Después usó las palabras *stregoica* y *Pokol*, ambas eslavas. La primera alude a una «bruja» o mujer maléfica. La segunda, al propio infierno.

—Interesante —terció Brian frunciendo el ceño—: Hombre-lobo o vampiro, mujer maléfica… e infierno. ¿No son los vampiros esos seres que viven después de muertos?

—Algo así. En la noche de Walpurgis, según la leyenda, los

vampiros y hombres-lobo salen a la luz de la luna y causan el terror, en busca de sangre humana —afirmó el Gran Duque con una leve sonrisa—. En nuestro país, esa clase de seres tienen el nombre de *vurdalaks*, sobre la misma raíz eslava. Unidos los términos a la palabra «bruja» podría describir muy bien a una mujer muerta que sale de la tumba para deambular entre los vivos como una de «los-que-no-descansan», como también se les conoce en las viejas tradiciones transilvanas.

—Vladia Podkov, una mujer búlgara, es cargada una vez muerta en este tren… y resucita durante el viaje, para deambular por ahí como muerta en vida… —suspiró el comisario Heinzel con evidente incredulidad—. Dios mío, Alteza, ¿eso es serio?

—No lo sé, comisario. Me refiero exclusivamente a lo que dijo el búlgaro antes de desmayarse y a lo que vio o creyó ver mi esposa.

—Insisto en que vi cuanto he dicho —habló Olga Rasnikoff con arrogancia—. Verdaderamente, parecía una muerta en vida, piense usted lo que piense, comisario.

—Y se desvaneció en el aire —suspiró Brian, pensativo, retirando su plato—. Como buen inglés, soy bastante crédulo en cosas del Más Allá, lo admito. Pero me resisto a darle al asesinato del pobre coronel Arlington un matiz sobrenatural. No vi que nadie tratara de succionar su sangre… y perdone esta horrible alusión en la mesa, Alteza.

—No se preocupe —se estremeció la princesa retirando asimismo su plato sin apenas probarlo—. No tengo el menor apetito, y no es por culpa de sus palabras, señor Jefford. La verdad es que me siento bastante mal desde que vi a esa mujer, sea una persona viva o no.

La conversación derivó hacia otros temas, tras interesarse Brian por el estado del eslavo. El comisario Heinzel le informó de que Janos Podkov reposaba en su litera, tras ser atendido por el doctor Villiers, bastante abatido y triste.

Luego, los primeros en ausentarse fueron la pareja de nobles rusos. Minutos más tarde se iba el comisario alemán, y Brian se quedaba solo tomando café. Le sorprendió notar que alguien en pie junto a él le sugería suavemente:

—¿Le importaría que tomase café en su propia mesa, señor?

Alzó la cabeza, mirando al hombre flaco, grandilocuente y

afectado que se había incorporado de su asiento para venir a preguntarle. Estaba almorzando con su compañera en una mesa cercana, al lado opuesto del vagón hasta ese momento.

—Por supuesto que no —dijo—. Siéntese. ¿Es usted El Gran Maxwell?

—Sólo en las carteleras —sonrió el caballero sentándose frente a él—. Mi nombre verdadero es Maxence Van Eyssen, y nací en Austria. Gracias por no rechazarme.

—Supongo que por algún motivo habrá pedido tomar con migo el café —miró a la joven que se sentaba ahora sola en la otra mesa —. ¿Su compañera no viene?

—¿De veras no le importará que también Yvonne nos acompañe?

—En absoluto. Puede rogarle que venga también. ¿Desean alguna copa?

—No, gracias. Sólo café. Y charlar con usted, señor Jefford.

Hizo un gesto a la mujer, y ella, de mala gana en apariencia, se levantó para acudir a la mesa del inglés. Tras una vacilación, se sentó, mientras el Gran Maxwell hacía las presentaciones:

—Mi compañera Yvonne De Souza. Yvonne, el señor Brian Jefford, periodista británico. Él salvó la vida al Gran Duque y la princesa anoche, en París…

—Sí, lo recuerdo —asintió ella débilmente, sonriendo con desgana a Brian. Y se encogió en su asiento, llameándole los rojos cabellos al ser heridos por los reflejos en la nieve. Parecía como si la bella joven se sintiera algo cohibida por su vulgaridad y, sobre todo, por la abundancia casi exagerada de sus pechos.

—Se preguntará usted de qué quiero que hablemos dos perfectos desconocidos como usted y yo, señor Jefford —habló el domador e ilusionista, con sus saltones ojos fijos en él, mientras se atusaba sus bigotes de largas guías erguidas.

—Pues sí, pero creo que en un viaje como éste, todos acabamos siendo un poco amigos, después de todo. Incluso sin asesinato por medio —sonrió Brian afablemente.

—Del asesinato quería hablarle —dijo con repentino tono misterioso el Gran Maxwell, inclinándose hacia él con tono confidencial—, ¿sabía usted que el coronel Arlington estaba cargado de deudas y sus acreedores le perseguían por doquier?

—¿Es posible? —se asombró Brian—, ¿y en tal situación financiera se podía permitir el gasto de un viaje así al Oriente?

—Extraño, ¿no?, vi con mis propios ojos a cuatro hombres en la estación de París. Iban persiguiendo al coronel y estaban dispuestos a denunciarle a la policía francesa si intentaba tomar ese tren. No pude por menos de escuchar toda la discusión, cerca del puesto de periódicos. Al fin les convenció, diciendo que regresaba a París y que, a fin de cuentas, si hacía este viaje era sólo porque lo había ganado en un concurso.

—¿Un concurso? —se extrañó el joven inglés—. No podía ni imaginarlo.

—Yo tampoco. Les mostró algo que pareció tranquilizarles, y los hombres se fueron, quedando en reunirse con él dentro de quince días en París.

—¿Por qué me cuenta a mí todo eso y no al comisario Heinzel?

—Oh, no me gusta meterme en asuntos ajenos. Usted, sin embargo, me inspira confianza. Creo que ese policía prusiano no tiene ni idea.

—Sólo soy periodista, no detective —rió Brian de buen humor.

—No importa. Hay detectives aficionados mejores que los profesionales.

—Usted ha debido leer demasiado a Conan Doyle.

—Y a un compatriota mío llamado Freud también —soltó Maxwell la carcajada—. Es un médico austríaco de nuevas y revolucionarias ideas sobre la mente humana, señor Jefford. ¿Sabe una cosa? Creo que quien mató al coronel anoche, está rematadamente loco. Y tal vez ni él mismo lo sabe. Mi compatriota Freud habla de todo eso en sus obras[7].

—Su conversación es de lo más variada. Pasa de crímenes a psicología y medicina mental con suma facilidad. Sin olvidar sus chismes sobre las deudas del coronel…

—Admito ser un poco chismoso. Ya vi esa caja de ese búlgaro cuando la cargaban en el furgón, y me pareció demasiado semejante a un féretro para no serlo. Pero no creo en fantasmas. Dudo mucho que su esposa muerta camine por este tren como si tal cosa.

—Por favor, Max. no digas cosas horribles —gimió Yvonne, interviniendo por vez primera en la charla.

—Cielos, olvidaba lo impresionable que eres en cosas de

espiritismos y todo eso —se mofó el austríaco—. Perdona, pero mucha gente en este tren sospecha que hay un fantasma a bordo. Yo, en cambio, sólo pienso que hay un asesino. Ni más ni menos. Y un asesino que está enfermo mental, casi podría jurarlo.

—Tú siempre has sido dado a deducir cosas como si fueras un policía —se quejó la rolliza Yvonne, que al rebullirse en su asiento, hizo que sus opulentos pechos bailotearan procazmente bajo la tela.

—Y muchas veces acerté, querida —sonrió El Gran Maxwell con aire de suficiencia, atusándose los bigotes en un gesto que debía ser en él habitual como prueba de su complejo de superioridad.

—Ya que tan buen detective se cree, señor Van Eyssen, ¿qué podría decirme de la aparición que ha presenciado en diversas ocasiones la señorita Nanette Renant, su compañera de trabajo?

—¿Se refiere a Lydia? Nosotros, los artistas, siempre nos llamamos por nuestros nombres profesionales, señor Jefford Y Nanette, para todos, es Lydia Ophuls, simplemente. Una gran chica y excelente compañera, sí, señor.

—Ha visto en ocasiones una cabeza decapitada… precisamente *con los ojos vaciados*. Dice que no sólo en este tren, sino también en París, en el teatro y en su pensión. E incluso en casa de sus tíos…

—Ah, sus tíos… —suspiró el domador e ilusionista con gesto sarcástico—. Sus tíos, amigo mío, son gente ruin y miserable. Los conocí en Reims. No aprecian a esa chica lo más mínimo. Yo diría que quieren su fortuna.

—¿Su *fortuna*? —repitió perplejo Brian—. Ignoraba que fuese rica…

—Lo es. No por lo que gana en la escena, aunque su sueldo sea bueno. Heredó dinero de sus padres y lo guarda celosamente, porque no lo necesita y se conforma con poco para vivir. Sus tíos no son pobres, pero son ambiciosos. Estando con ellos, sufrió un extraño accidente en su finca de las afueras de Reims. Estuvo a punto de matarse. Yo nunca pensé que fuera accidente. Tal vez esas alucinaciones tampoco sean tales.

—¿Sospecha que sus tíos están tras esas macabras apariciones?

—Es muy posible, sí.

—¿Incluso en este mismo tren, en la salida de París, cuando vio esa horrible cabeza al otro lado de la ventanilla? —el tono de Brian era preocupado.

—Ya le digo que no son pobres. Se gastarían lo que fuese, con tal de que su sobrinita sufriera un síncope y ellos se quedaran con todo. Sería un negocio rentable para esas ratas. Yo advertí ya a Lydia, pero ella es demasiado buena chica para aceptar una sospecha así de sus parientes. No se creyó una palabra.

—Tal vez deba yo advertirla también. Siempre pensé que ella no veía alucinaciones, que ese hecho extraño debía de tener una explicación lógica. Me alegra haber hablado con usted, señor Van Eyssen.

—No, no. Nada de eso —sonrió el artista—. Recuerde: nuestro nombre artístico. Para todos, yo soy El Gran Maxwell y nada más. Maxence Van Eyssen apenas existe… Yo también celebro haber hablado con usted, amigo mío. Si averiguo algo acerca de ese crimen, tenga por seguro que se lo diré antes a usted que a ese obtuso policía alemán. ¿Vamos, querida Yvonne?

—Sí, Max, vamos —aceptó ella dócilmente.

Se pusieron en pie. Brian estrechó las manos de ambos. Al hacerlo con la pelirroja muchacha de los pechos macizos, ella enrojeció vivamente y desvió la mirada, como si le turbara el contacto con su mano. Luego, se alejaron por el lujoso vagón-restaurante, como si la exuberante Yvonne fuese sólo un dócil lazarillo del altivo domador.

—Una curiosa pareja, sí señor —comentó Brian para sí, volviendo a sentarse y pidiendo una copa de coñac Napoleón.

Cleo de Montesco, su inseparable perrito y su no menos inseparable criada filipina, entraron en ese momento, ocupando una mesa para el segundo turno. Parecía más ajada que la noche antes y con profundas ojeras en torno a sus ojos relampagueantes. Tal vez, pensó Brian, no había dormido bien como casi todos. O estaba asustada. Se mostró menos locuaz y dicharachera que la noche anterior, mientras Tara, la filipina, se mantenía en un absoluto mutismo.

Cuando la deslumbrante ballena morena de Oriana Vetri apareció en el pasillo, despidiendo un dulce perfume penetrante, ataviada enteramente de carmesí y oro, con gafas extremadas, de montura en oro y jade, siempre de vidrios ahumados y de forma de alas de mariposa, Brian ya se retiraba, tras pagar su cuenta al carnerero italiano.

—Oh, *mío caro* —susurró ella, deteniéndose con gesto de fastidio y tendiéndole su mano enguantada de color rosado, que él besó respetuoso—. ¿Ya se marcha?

—Así es, señorita Vetri —asintió Brian—, deseo descansar un poco tras una noche tan fatigosa.

—Lo comprendo, Brian estimado —susurró ella con dulce familiaridad—, y por favor, no vuelva a usar tanta ceremonia conmigo. Sólo soy Oriana para usted, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Oriana —sonrió Brian, retirándose—, ¿nos veremos en la cena?

—Es muy posible —asintió ella con su habitual volubilidad. Luego miró al exterior a través de las ventanillas del vagón y comentó con aire de fastidio—: ¡Otra vez nevando! ¿Es que no vamos a ver el sol en todo el viaje?

Cambiaron una mirada despectiva y hostil ella y Cleo de Montesco, mientras Brian se perdía, sonriente, camino de los coches-cama.

Se acostó y logró conciliar el sueño unas horas. Oscurecía ya, y estaba nevando intensamente allá fuera. Limpió el vaho que empañaba su ventanilla y contempló las montañas blancas y los umbríos bosques nevados. Reconoció el paisaje. Estaban ya en Austria, y Munich había quedado atrás, en las tierras bávaras fronterizas con el Imperio Austrohúngaro.

Al salir, llamó en la cabina de Nanette, preocupado por su estado de salud. Se llevó una grata sorpresa. Ella, en persona, le abrió. Su cabellera dorada aparecía desparramada en torno al óvalo nacarado de su rostro y a la longitud de cisne de su alabastrino cuello. Su esbeltez, ataviada con ropas de costosa lencería interior, apenas cubiertas por una bata de seda azul suave como sus ojos, era menor cuando sus carnes se marcaban en el tenue tejido interior. Una falsa delgadez que, en realidad, correspondía a unas bellas y suaves formas de mujer en plenitud, pensó Brian complacido.

—Oh, amigo mío, pase —invitó ella a Jefford, apartándose a un lado—. Me agrada tener su visita. Ya me encuentro totalmente bien. Creo que incluso iré a cenar.

—¡Excelente! —aprobó Brian—. ¿Puede permitirle que le invite a mi mesa?

—Si no le importa…

—Al contrario. Sería un placer para mí. Le confieso que he tenido ya la compañía de otra dama, bastante hermosa por cierto, pero su compañía me seduce mucho más.

—¿De veras? ¿Quién es esa dama? —se interesó Nanette risueña.

—Oh, nuestra común vecina del
9-E
. Una dama exótica y llamativa, bastante agradable como compañera de viaje, pero nada más.

—Comprendo —sonrió la bailarina—. ¿Seducido por sus encantos tal vez?

—No, no, nada de eso —rechazó Jefford. La miró fija mente—. Sólo usted logra seducirme con su encanto, señorita Renant. ¿O prefiere que la llame señorita Ophuls? Su compañero de trabajo, el Gran Maxwell, me dijo que prefieren su nombre artístico.

Turbada, enrojeció la joven vivamente y sonrió con halago.

—Gracias por tan bello cumplido, señor Jefford. Prefiero que me llame sólo Nanette.

—Eso es maravilloso. Y usted a mí, Brian. Ah, no es cumplido. Sólo la pura verdad…

—Doble halago, entonces. Si me espera unos minutos, es taré lista en seguida.

—Falta aún para la cena, pero la aguardaré para ir a tomar el aperitivo al coche-restaurante antes de la cena, ¿le parece bien?

—Me parece excelente, sí —aprobó ella con entusiasmo casi infantil.

Brian salió al pasillo a esperarla. Se preguntó si debía hablar con ella durante la cena de lo que dijera el Gran Maxwell sobre sus tíos de Reims. ¿Debía mezclarse en asuntos familiares tan serios? Pero recordó una enigmática frase de Maxwell al respecto: «Se gastarían lo que fuese con tal de que a su sobrinita le diera un síncope y se quedaran ellos con todo…». ¿Serían capaces, pensó, incluso de pagar a un asesino para provocarle un terror pánico a bordo del Orient Express que pudiera conducir a Nanette a la locura o a la muerte?

Era una escalofriante posibilidad…, pero posibilidad a fin de cuentas.

No sabía cuánto llevaba allí, cuando vio llegar agitado al policía alemán, el inspector Heinzel, con un uniformado policía

austrohúngaro de graduación elevada. Ambos estaban pálidos, hablaban agitadamente entre sí. Llegaron ante Brian y le miraron. El comisario prusiano presentó a Brian con cierta sequedad a su colega austríaco, y añadió luego:

—Le presento al comandante de policía Hansi Klein, de la Prefectura de Viena. Es mi colega y colaborador mientras estemos en suelo austríaco. Acaba de suceder algo terrible, señor Jefford.

—¿Qué? —se alarmó Brian—. ¿Qué pasa ahora, comisario?

—Será mejor que venga con nosotros y lo vea. Le hemos venido a buscar precisamente a usted por razones que pronto sabrá.

—Estaba esperando a la señorita Renant para el aperitivo…

—Ya podrá verla más tarde. Dejaré encargado al conductor del coche que espere ella a su regreso. Ahora prefiero que venga con nosotros un momento, si no le importa.

—No, claro que no —admitió Brian, perplejo, siguiendo a ambos policías, tras hablar brevemente el prusiano con el conductor del coche cama.

Llegaron mementos después a un compartimento, ante el que montaba guardia, pálido y nervioso, el conductor del coche vecino. Se apartó, dejándoles pasar a la cabina.

Brian sufrió un violento sobresalto ante lo que le esperaba allí dentro.

Tendido en su litera, yacía El Gran Maxwell, el domador e ilusionista. Como al coronel Arlington, le habían segado el cuello de oreja a oreja, seca y brutalmente. Yacía sobre un mar de sangre, coagulada y seca sobre las sábanas. Su cabeza casi pendía a un lado, medio separada por aquel tajo bestial. Pero lo más terrible eran sus ojos.

Alguien se los había vaciado concienzudamente, dejando las cuencas vacías, ennegrecidas y sangrantes, como un trágico Edipo en la escena final.

—Dios mío… —jadeó Brian, sintiendo vivas náuseas.

—¿Comprende por qué le hicimos venir, señor Jefford? —habló suavemente el comisario Heinzel—. Tenemos motivos para creer que usted fue la última persona con quien se le vio en vida esta tarde, en la sobremesa… Tal vez pueda aportar alguna luz a este nuevo y espeluznante suceso criminal…

En ese preciso momento, un formidable estruendo conmovió

todo el tren, éste se agitó como bamboleado entre unas manos gigantescas, sonaron alaridos de terror, carreras, estruendo de vidrios rotos y bultos que rodaban, crujidos de madera… y una densa humareda, unida a una polvareda de nieve removida, golpeó los cristales de la trágica cabina del Gran Maxwell, cegando toda visión del exterior.

CAPÍTULO VI

La confusión a bordo del Orient Express fue terrible durante varios minutos, plazo en el que nadie entendía absolutamente nada de lo que estaba sucediendo, y cada viajero temía Io peor.

Brian se vio lanzado violentamente contra la litera trágica y el cuerpo del hombre asesinado se volteó grotescamente en ella, cayendo encima de él con todo su peso. Recibió en pleno rostro el choque de aquella horrenda faz sangrante, de ojos reventados e informes, y retiró el cadáver con horror, sintiendo un violento escalofrío en todo su ser. Medio caído en un rincón, vio golpear de un lado a otro a ambos policías, en tanto el tren se agitaba como si estuviera a punto de volcar.

Todo eso duró sólo segundos. El tren se estabilizó, mientras persistía la confusión en todos sus vagones y algunas ventanillas rotas dejaban pasar por entre sus destrozados cristales la nieve y el frío del exterior. Luego, el tren se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —rugió el policía austríaco, recomponiendo lo mejor posible su gorra de plato y desenfundando un voluminoso revólver de la pistolera de su cintura, como si pudiera emprenderla a tiros con la fuerza capaz de sacudir así todo un tren.

—Calma, *herr* Klein, no pierda los nervios —le aconsejó el comisario, aunque también había extraído de su gabán un revólver más pequeño y pavonado, con gesto de recelo—. Mucho me temo que ha sido la explosión de algún artefacto, tal vez una bomba…

—Infiernos, lo que nos faltaba —gruñó el comandante Klein furioso—. Asesinatos, bombas… Este tren está maldito, a lo que parece, *herr* Heinzel.

Brian pudo colocar el cadáver contra el muro, en el fondo de la cabina, y sobre la alfombra del lujoso compartimento. Se incorporó, mirándose las manchas de sangre coagulada en sus manos y camisa, con cierta sensación de horror.

—Lo que sea, ha estallado fuera —señaló Brian—. Tal vez en las vías… Comandante Klein, ¿tienen acaso problemas con los agitadores y anarquistas en el Imperio?

—Toda Europa los tiene —se quejó el policía austrohúngaro—. Entre bolcheviques que tratan de revolucionar Rusia y los demás países, nihilistas, anarquistas y locos, estamos todos sacudidos por una ola de demencia violenta sin precedentes. Sólo Dios sabe en qué puede terminar esto. Tal vez en una guerra…

Salieron de la cabina encontrándose con una multitud aterrorizada en los pasillos. El comandante Klein alzó un brazo, perentorio, dejando que todos vieran su otra mano armada.

—Calma, calma —rogó con voz potente, en francés, lengua que sabía dominada por la inmensa mayoría del heterogéneo pasaje de aquel tren cosmopolita—. Todo está bajo control, señoras y señores. Averiguaremos qué fue esa explosión de inmediato, no tienen nada que temer. Vuelvan a sus compartimentos todos, por favor, para evitar una mayor confusión.

De mala gana, cambiando comentarios excitados y protestas en cinco o seis idiomas diferentes, todos regresaron a sus cabinas respectivas. El jefe de tren, lívido, apareció momentos más tarde, acercándose a ellos.

—Hable —ordenó el comandante Klein con sequedad—. ¿Qué ha pasado?

—Ha sido en las vías. Están impracticables, no podemos seguir adelante. Han puesto un explosivo en ellas. Se levantaron de raíz, pero afortunadamente unos metros antes de que llegase el tren al lugar de la explosión. Unos segundos más tarde, y hubiéramos saltado por los aires…

—De modo que no podemos seguir viaje… —se quejó Brian.

—De momento, no. Sólo cuando un convoy de socorro pueda llegar desde Viena o Budapest y montar nuevas vías. El tren ha sufrido algunos daños, pero no excesivos. Lo que más me preocupa es la calefacción. Es posible que sufra algún desperfecto.

—Pues estamos arreglados si es así —gruñó Heinzel—, nos helaremos en este tren.

—¿No podemos dar marcha atrás y volver a Viena? —sugirió Klein.

—Se intentará, pero no hay nada seguro. Depende de los daños

que pueda haber sufrido la locomotora. Recibió de lleno la metralla y la onda explosiva…

—Bien, ¿algo más?

—Sí —asintió el sueco gravemente—: Hemos logrado coger al terrorista.

—¿De veras? —los ojos del comandante Klein brillaron—. ¿Quién es, dónde está?

—Intentaba huir a campo través tras accionar la bomba. Le han capturado entre los fogoneros y dos mozos de los coches-cama. Parece que es un loco. Pero habla yugoslavo, estoy seguro de ello… Uno de esos fanáticos a quienes Marx y Lenin han comido el seso, señor…

Minutos más tarde, Brian veía con sus propios ojos al autor del atentado al ferrocarril. Era un hombre menudo, delgado, moreno, de pelo negro y grandes ojos inquietos, al parecer muy nervioso, farfullando sin cesar palabras encendidas en su lengua nativa. Le entendió en parte proclamas y gritos patrióticos y fanáticos alegatos contra el capital, las clases ricas y la injusticia social. Klein le pegó un bofetón, sin demasiadas ceremonias, y el tipo se puso a llorar, esposado entre el comisario Heinzel y el jefe de tren. Se lo llevaron sin que se decidiera a decir otra cosa que un motivo tan fútil como absurdo para dinamitar el Orient Express: su odio a un ferrocarril de gentes ricas y su fe en que la victoria de una revolución total obrera era irremisible. También dijo llamarse Dragan Sostic y ser montenegrino.

—Pobre diablo… —rezongó el jefe de tren moviendo la cabeza —. Está tan loco como todos esos nihilistas que andan por ahí tratando de cambiar el mundo.

—Yo no les compadecería —dijo gravemente el comandan te Klein—, más bien les temería. Son capaces de hacer saltar el mundo en pedazos cualquier día con sus malditas locuras. Demos gracias, cuando menos, que no ha sido este tren hoy, con todos nosotros dentro, el que ha saltado en mil fragmentos por culpa de esa bomba estúpida.

Brian asintió pensativo. Empezaba a notarse frío en el vagón, mientras trataban de taponar con mantas las ventanillas rotas y unos empleados intentaban reparar la calefacción. Parados en medio de la nieve, en tales condiciones, la vida iba a ser muy dura

dentro del tren.

Entró Brian en la cabina inmediata a la ocupada por el difunto Maxence Van Eyssen encontrando allí en una crisis de llanto nervioso a Yvonne De Souza. Sabía lo ocurrido a su compañero de trabajo, y parecía afectarle mucho. Al ver a Brian se apoyó en él, sintiendo sin duda algo más de con fianza con el joven británico que con el severo policía austríaco, y Brian notó cómo los duros pechos de la joven se empotraban en su torso, reflejando no sólo su volumen sino también su firmeza sorprendente. El contacto no le disgustó lo más mínimo, aunque procuró que su caricia a los rojos cabellos de la muchacha llorosa no se dejase influir por ningún sentimiento pecaminoso.

—De veras lo siento, señorita De Souza —musitó Brian suavemente—. Ha sido terrible, realmente terrible. Me pregunto qué podía haber en común entre el Arlington, un militar retirado inglés, y su *partenaire*, el Gran Maxwell, un artista de circo y teatro…

—No sé, no sé… —sollozó ella, agitado su pecho por las convulsiones—. Tal vez lo que él dijo antes de acostarse a dormir esa siesta de la que nunca despertó…

—¿Dijo algo? —se interesó vivamente Brian, comprobando que estaba a solas con la joven en la cabina, y que el abrupto policía Klein no podía oírles desde el pasillo del vagón—. ¿Recuerda qué fue exactamente, amiga mía?

—Claro —musitó ella, alzando sus ojos cuajados de llanto hacia él—. Me dijo algo así como: «Creo que he descubierto algo relacionado con la muerte de ese coronel… Algo muy raro, querida…». Yo quise saber lo que era, sonrió enigmáticamente y añadió: «No es fácil contarlo. Hay que ser un buen fisonomista y haber actuado en muchos países para recordar ciertas cosas… Pero como ya sospechaba, el asesino está rematadamente loco. Y lo malo es que no se contentará sólo con matar al coronel. Tiene alguien más en su lista. Es necesario evitar que siga adelante con esto…».

—¿Es todo lo que dijo?

—Todo, sí. No pude sonsacarle nada más.

—¿Cree que se refería a sí mismo cuando citó el hecho de que el asesino tenía a alguien más en su lista?

—No, no lo creo. No aparentaba miedo ni inquietud, sólo

preocupación…

—Si es así, quizá el asesino se dio cuenta de que él sabía demasiado y le silenció para siempre. Pero según eso… existiría aún alguien en este tren condenado a morir como los demás…

—Sí, eso me temo —los ojos de Yvonne reflejaron terror—. Dios mío, ¿qué podemos hacer, señor Jefford?

—Nada, me temo. No sabemos nada de nada. Sólo lo que dijo el Gran Maxwell, y no es demasiado. Sin embargo, parece deducirse de sus palabras que identificó a alguien en este tren. Alguien a quien había visto antes, en sus viajes profesionales. Me preguntó a quién y dónde le vio antes de ahora… Yvonne, ¿usted llevaba mucho tiempo con él?

—Sólo tres años. El Gran Maxwell trabajaba desde hace más de treinta por todo el mundo. Tuvo otra *partenaire* que murió atacada por uno de sus leones. Pero sé que estuvo en el mundo entero: Europa, Estados Unidos, América del Sur, Asia… Y era muy buen fisonomista, eso sí. Rara vez olvidaba un rostro. Sólo en este tren le he visto saludar a alguien y haberse equivocado, al parecer.

—¿De veras? —el interés asomó a la voz de Brian—, ¿a quién saludó?

—A ese americano, un tal Boyd… Dicen que es un político.

—Oh, sí, le recuerdo. Un tipo poco simpático.

—Así me lo pareció a mí también. Max le saludó, y él le dijo que no tenía por costumbre saludar a desconocidos. Max dijo que le conocía. El otro lo negó rotundamente, de un modo muy seco, y le dejó plantado.

—Vaya, es curioso en un hombre tan buen fisonomista como él… ¿Comentó algo al respecto luego?

—Muy poco. Dijo que aquel tipo mentía. Y que cuando le conoció no era político, sino algo muy distinto, aunque sin duda tuvo que renunciar a ello después de su terrible fracaso.

—¿Terrible fracaso? ¿No dijo en qué consistió ese fracaso?

—No, no lo dijo. Max acostumbraba a hacer comentarios y no terminarlos nunca ni aclararlos demasiado. Era como si hablara consigo mismo, no con los demás. Pobre Max, ¿qué voy a hacer yo ahora sin él?

—Estoy seguro de que sobrevivirá —sonrió Brian alentador—. Es una joven bonita, encantadora y, sin duda, sabrá trabajar sola en

cualquier escenario, sin necesidad del Gran Maxwell, ya lo verá. Ahora cálmese y trate de descansar un poco. Use todas las mantas que tenga, dentro de poco este tren no va a ser un lugar acogedor como se supone que tendría que ser un medio de transporte tan caro…

La dejó más calmada y la joven se acostó, tapándose con varias mantas. Brian salió al pasillo. Casualmente, era el propio Terence Boyd quien en estos momentos hablaba en voz alta, con gesto irritado, a Oleg Nilstrom, el jefe de tren, y al comandante Klein:

—… Y no voy a soportar más esta situación. He hecho este viaje pensando en que sería un tren perfecto, pero veo que Europa es el lugar más incivilizado que existe. Ni los trenes de lujo son seguros, por culpa de chiflados terroristas, asesinos sanguinarios y demás gentuza. No me sorprendería que estuviéramos también rodeados de espías y de intrigantes. Apenas lleguemos a Budapest, presentaré mis quejas a la compañía Wagons-Lits. Y a las autoridades, naturalmente.

—Puede usted hacer lo que guste, señor —dijo secamente el policía austrohúngaro—. Ni la Wagons-Lits tiene culpa de que un fanático ponga una bomba, ni la policía de que haya asesinos sueltos por el mundo. Si no le gusta Europa, no vuelva más por ella.

—Ciertamente, jamás pienso volver. De no ser por una gentil invitación, no estaría ahora aquí, se lo aseguro. Y, desde luego, no repetiré jamás tal experiencia. Este es un continente de locos y de necios.

—Posiblemente, señor Boyd —terció fríamente Brian—, pero lo que no hacemos aquí es asesinar a razas indefensas, como ustedes hicieron con los pieles rojas para levantar su imperio de riquezas a costa de millones de vidas inocentes. Si a eso le llama civilización, para mí sus Estados Unidos siguen en la Edad de Piedra, señor.

—¿Cómo se atreve? —se revolvió ofendido Terence Boyd, muy pálido—, ¿quién se cree que es para enfrentarse nada menos que a un senador de los Estados Unidos de América?

—Un simple periodista británico que se siente orgulloso de la vieja Europa, señor Boyd —sonrió duro Brian—. ¿Qué es lo que le pone nervioso? ¿Esa bomba, el frío que padecemos ahora… o el hecho de que un viejo conocido suyo haya sido asesinado?

Klein arrugó el ceño y contempló a Boyd con hostilidad. El

político americano pareció repentinamente incómodo y molesto. Miró a Brian casi agresivo, respiró hondo y dio media vuelta, alejándose de ellos con una tajante respuesta:

—No sé de qué me habla. Yo no conozco, por fortuna, a nadie de este tren.

Se quedaron solos Brian y el policía. Éste se volvió hacia el periodista.

—¿A qué se refería usted al hablarle así, señor Jefford? —inquirió.

—Sólo era una sospecha, comandante —rió Brian—. Ahora sé que es cierto. Ese hombre conocía al Gran Maxwell como éste conocía a él. Me pregunto por qué lo oculta…

En ese punto, el comisario Heinzel se acercó a ellos. Traía algo consigo, que mostró a ambos hombres.

—Vean —dijo—. Hemos hallado esto en la cabina del coronel Arlington, al registrarle más a fondo tras lo ocurrido al Gran Maxwell. Debió caerle del bolsillo y se quedó entre el lavabo y la cortina de la ventanilla…

Brian arqueó las cejas y recordó algo que mencionara El Gran Maxwell durante la charla en el coche-restaurante. Lo que el policía prusiano mostraba en sus dedos, era una especie de boleto, color azul, donde se leía impreso claramente:

GANADOR DEL CONCURSO VIAJERO DE LA *EUROPEAN TRAVELS*

El portador disfrutará de un viaje de ida y vuelta gratuito, con los gastos pagados, en el lujoso Orient Express, hasta Estambul, partiendo de París, en las fechas abajo indicadas.

—De modo que era cierto… El coronel ganó un concurso… ¿Qué saben de eso en el tren?

—Que es cierto. El jefe de tren se ocupó personalmente de acomodar al coronel. Todo el viaje estaba pagado por alguien, supone él que esa entidad citada aquí.

—Gana un concurso… y le asesinan en su viaje de ganador —recitó Brian, pensativo—. Extraño, ¿no les parece?

—Sí, mucho. ¿Por qué mataría nadie a un hombre que viaja gracias a un simple concurso?

—No lo sé. Lo sorprendente es que, si no hace este viaje, tal vez estaría ahora vivo y sin problemas —dijo Brian en voz alta, siguiendo el hilo de sus pensamientos.

El mozo del coche restaurante pasó con su campanilla, como si nada sucediera en el tren, aunque llevaba una bufanda bajo su chaquetilla blanca. Su anuncio sonó de parte a parte del vagón:

—Primer turno para la cena… Primer turno para la cena…

* * *

Era una cena fría. Muy fría.

No porque los alimentos no estuvieran cocinados y calientes, sino por la gélida temperatura que comenzaba a reinar en el Orient Express a causa de la ausencia de calefacción. Unas pequeñas estufas a petróleo trataban en vano de suavizar algo la temperatura. Los comensales cenaban con sus ropas de abrigo; incluso la espectacular y exhibicionista Cleo de Montesco se cubría con una capa de visón que deslumbraba.

El clima también era frío a causa de la tensión y la inquietud. Dos asesinatos, un cadáver desaparecido, que había sido visto deambulando por el tren, y una bomba en las vías, eran demasiadas emociones para unas pocas horas de viaje. Parecían semanas el tiempo transcurrido desde la partida de la Gare de L'Est en París. Y en cambio hacía solamente veinticuatro horas de eso.

No nevaba, pero con la llegada de la noche, el frío era más intenso, y la nieve empezaba a formar una costra de hielo en torno al inmovilizado tren. La policía y los empleados del ferrocarril habían logrado enviar un mensaje telegráfico urgente a Budapest y a Viena, subiéndose a un poste del tendido y usando desde allí el Morse mediante un medio rudimentario, ya que la zona elegida por el fanático Dragan Sostic para poner la bomba, era una llanura interminable de Austria, rodeada de montañas, y sin pueblo alguno ni lugar habitado en muchas millas a la redonda.

Lo peor sucedió cuando se servía el segundo plato, consistente en unas deliciosas rodajas de langosta con crepes de salmón, todo ello a dos salsas. Apenas puestos los platos en las mesas, se apagaron las luces. Sólo brillaba en la penumbra el fulgor rojizo de

las estufas de petróleo.

—¡Lo que faltaba! —bramó Cleo de Montesco, pegando un golpe seco con su copa en la mesa—, ¡ahora las luces!

—Calma, por favor —pidió el camarero italiano. Brian sabía ya a estas alturas que su nombre era Cario Rosetti—. Parece que el generador se ha averiado a causa del frío y los daños sufridos en el atentado. Se traerán de inmediato lámparas de petróleo…

Así fue. Quinqués de emergencia comenzaron a ser depositados en las mesas, y el coche-restaurante adquirió el aspecto que debía ofrecer un tren de lujo en el siglo anterior, antes de la llegada de la luz eléctrica.

El ambiente se enrareció más aún con el olor a keroseno y con el fantasmal juego de luces y sombras en el vagón. En un momento dado, alguien se puso en pie con tal violencia, que derribó una copa y una botella, haciéndolas añicos en el suelo. Su voz tronó airada:

—¡Esto ya es demasiado, señores! ¡No soporto más! ¡Este infecto tren es indigno de su prestigio y de su fama! ¡Ni siquiera el peor ferrocarril de mi país podría compararse a esto!

Y salió dando un tremendo portazo al hacerlo. Era, desde luego, el irascible Terence Boyd, el político americano. Riendo, el Gran Duque Vladimiro hizo un acre comentario desde su mesa, embutido en un grueso abrigo de pieles, igual que la princesa, y con gorros de astracán ambos sobre sus cabezas:

—¿Qué quiere ahora ese piel roja? ¿Es que en su país nunca se apaga la luz?

Hubo risas contenidas y algo nerviosas. Brian sonrió. Frente a él, Nanette Renant, que parecía mucho más tranquila y calmada que antes, y había encajado bastante bien las últimas y siniestras noticias sobre el nuevo crimen, se limitó a sonreír, moviendo su rubia cabecita con resignación.

—La gente empieza a perder los estribos —comentó.

—Creo que ese americano nunca los llegó a dominar, aunque su país sea tierra de buenos jinetes —rió Brian—, pero tiene usted razón, Nanette. El ambiente está tenso, cargado. Aunque falle el generador, hay electricidad en la atmósfera.

—¿Cree que saldremos bien de ésta?

—Espero que sí. Desde Viena y Budapest enviarán auxilio en breve. Puede que esta misma noche podamos reanudar el viaje o,

cuando menos, cambiar de tren y hacer el resto de nuestra ruta normalmente. Ya deben saber en muchos sitios lo que nos sucede.

—Ojalá sea así —suspiró la muchacha—. Empiezo a sentir miedo, Brian.

—¿Miedo? ¿A qué? ¿Al frío, a la oscuridad…?

—A todo. Y al asesino también —se estremeció ella—. ¿Cree que esa muerta en vida puede ser la autora de esos crímenes espantosos?

—¿Vladia Podkov? Puede ser. Su esposo teme que sea una muerta-en-vida, una especie de vampiro. En su país eso es parte de la leyenda. Dice que murió sin confesar, y eso puede haberle hecho morir maldita. Piensan así. Luego, al trasladar el cuerpo sin permiso, teme que haya desencadenado la maldición ancestral en su esposa, pese a la cruz que puso en su cuello… Yo no creo en los vampiros, Nanette.

—Yo tampoco creía, pero esto de ahora… —tembló ostensiblemente ella.

—Serénese —la calmó Brian, apoyando una mano sobre la de ella, encima del mantel—. No creo que los muertos resuciten ni que esos dos crímenes sean obra del Más Allá, si eso puede calmar sus temores.

—Pero, entonces…, ¿qué es lo que está sucediendo aquí, Brian?

—Eso, mi querida amiga, lo ignoro —confesó tristemente Brian, bajando la cabeza.

Tras un breve silencio, Nanette le preguntó suavemente:

—¿No sentirá celos su amiga por compartir yo ahora su mesa, Brian?

—¿Se refiere a Oriana Vetri? No, ¿por qué habría de sentir celos? Sólo somos compañeros de viaje, como usted y yo.

Además, ella es quien prefiere cenar en su cabina por miedo a deambular por el tren. Me lo dijo cuando la invité a venir. Y me siento feliz de que sea usted quien me acompañe ahora y no ella.

—¿Por qué motivo, Brian? Ella es hermosa, seductora, impresionante…

—Lo sé. Pero las mujeres demasiado sofisticadas me asustan un poco —apretó dulcemente la mano delicada de su compañera—. Usted es todo lo contrario, Nanette. La clase de muchacha que adoro. La mujer de quien podría llegar a enamorarme fácilmente…

Aún con las lámparas de petróleo, se notó el rubor en las mejillas de la bailarina. También ella apretó la mano de Brian. Se miraran largamente.

—Es tan bonito oír una cosa así… —susurró la joven.

—Es la verdad, Nanette. No tema nada. Confíe en mí.

—Ya lo hago —musitó, pestañeando—. Brian…, eres un gran chico.

—Y tú eres maravillosa…

Se miraron a los ojos. Las luces de las lámparas daban un tono irreal a la escena. Poco después, ambos abandonaban el coche-restaurante. Y se besaban en el pasillo, hundidos en la cómplice sombra…

—Brian, cariño… —susurró Nanette tiernamente, pegados sus labios a los de él, temblando de emoción su cuerpecito.

—Nanette… Vida mía —respondió él, apretándola entre sus brazos.

Cuando se separaron ante las respectivas cabinas, otro beso prolongado marcó su despedida momentánea. Brian la advirtió, apretándola aún la mano con calor:

—Nanette, cariño, cierra con el pestillo de seguridad. Y no abras a nadie. Absolutamente a nadie, ¿entendido?

—Sí, Brian, así lo haré —prometió ella dulcemente, mirándole hasta cerrar su puerta.

Brian sonrió, regresando a su propia cabina con renovadas ilusiones. Se acostó pensando en Nanette, aquella criatura dulce y delicada como pocas. Y sus pensamientos eran profundamente felices. Se dirigió a la ventanilla para correr las cortinas. Ahora ya no estaban empañadas, porque el frío del interior del tren era casi idéntico al del exterior.

Se quedó petrificado, con una mano en la cortinilla, a punto de correrla.

¡Desde el otro lado del vidrio, en la negra noche nevada, un rostro de mujer, gélido y marmóreo, orlado de rubia melena en desorden, le contemplaba con fríos ojos azules, pegada la faz a la ventanilla!

Bajo aquel rostro espectral flotaban unas blancas ropas de mortaja funeraria, con una cadena y una cruz colgando del pecho…

—¡Vladia Podkov! —gritó Brian, alucinado, echándose atrás—.

¡La muerte en vida!

El fantasma femenino, como una pesadilla, le contempló un segundo más desde detrás de los cristales. Luego, desapareció.

CAPÍTULO VII

Brian Jefford no dudó lo más mínimo.

Se precipitó a la puerta de su cabina, tras comprobar que el cristal de la ventanilla no era practicable, y corrió pasillo adelante, lanzándose a la plataforma exterior del vagón. El conductor del coche le vio pasar, sin entender lo que sucedía.

Brian saltó a la nieve sin vacilar, en la oscura y gélida noche. Un viento ululante, glacial, llegaba de las montañas. Miró a ambos lados del convoy detenido. Vio de inmediato la sombra blanquecina, alejándose como una aparición en la noche.

Corrió tras ella sin perder momento, gritando con potente voz:

—¡Deténgase! ¡Vladia Podkov, deténgase, no voy a hacerle daño! ¡Nadie va a molestarla! —y añadió un eslavo, por si ella le entendía mejor—: *Prikoditie! Prikoditie!, lia ayn máshi? Prikoditie!*[8]

Ella no parecía entender tampoco el ruso, y si lo entendía no hizo caso. Corría sobre la nieve como si tuviera alas, su blanca ropa larga flotaba en torno a su figura espectral, tan lívida como el endurecido suelo nevado.

Le llevaba dos vagones de ventaja y no lograba reducir esa diferencia. De repente, ella subió a uno de los vagones. Pero, sorprendentemente, no entró en él. Lo escaló y se aupó con asombrosa facilidad por la pared del mismo, alcanzando el techo. Corrió por encima de éste con una seguridad increíble. Brian juró, parándose un momento. Al resoplar, una gran vaharada escapó de su boca en el gélido ambiente.

—Ahora entiendo cómo salió del lavabo… —jadeó—. Esa ventanilla sí es practicable… Abandonó el vagón por ese hueco y se subió al techo. ¡Es una acróbata!

El techo curvo del vagón debía de ser sumamente resbaladizo para una carrera así, pero no podía hacer otra cosa que seguirla, aunque temía que pudiera caerse a la nieve y romperse el cráneo en

cualquier momento.

Escaló con la mayor celeridad posible el vagón por su exterior, aunque no con tanta facilidad como lo había hecho su espectral perseguida. Cuando llegó arriba comprobó lo que ya temía. La humedad de la nieve derretida en el techo de los vagones se había congelado, formando una pátina cristalina y resbaladiza en sumo grado. Pese a ello, logró correr en pos de la mujer de blanco, cuyos pies, según comprobó con un escalofrío, estaban totalmente desnudos. Se estremeció, recordando que había surgido de un ataúd en pleno viaje hacia su tumba de Bulgaria.

Ella giró la cabeza en un momento dado, y le vio venir hacia su persona. Brian captó la mancha lívida de su blanca faz. Trató de ir más de prisa, en dirección a la locomotora, y en ese momento perdió el equilibrio. Rodó, con un grito, deslizándose hacia un borde del curvo techo. Brian temió que fuera a estrellarse contra la nieve helada, pero logró aferrar sus blancas manos al borde mismo, y colgó así por encima de una zanja profunda, formada a ambos lados de la vía. Brian resopló, casi agotado, apresurándose a cubrir los metros que le separaban de la misteriosa mujer, antes de que ésta se desplomase desde una altura tan considerable sobre la dura nieve. Desde abajo, la voz potente del comandante Hansi Klein sonó autoritaria en la noche:

—¿Qué diablos sucede ahí? ¿Quién está andando por el techo? ¡Responda o hago fuego!

—¡No dispare, comandante! —se apresuró a gritar Brian—, ¡soy yo, Jefford! ¡No haga nada por el momento, ya le explicaré!

Alcanzó en ese punto a la mujer, cuando sus manos resbalaban ya inevitablemente, dejándola caer afuera. La logró aferrar por las muñecas, arrojándose de bruces en el helado techo. Soportó su frágil peso con un esfuerzo para no seguirla en la caída. Así retenida la mujer, Brian trató de calmarla suavemente:

—No se mueva, no haga esfuerzos violentos, señora… No ocurre nada. Está a salvo. Soy su amigo…

Ella le miró con unos inmensos e inocentes ojos azules llenos de pavor. Se preguntó Brian si habían de ser ellos, los vivos, quienes temieran a los muertos, o al revés. No parecía entenderle.

La ayudó a subir a pulso, poco a poco, evitando cualquier resbalón funesto. Al fin logró, con un resoplido, tender el cuerpo

femenino, delgado y frágil, sobre el vagón.

—Ah… —jadeó—. *Gospojá… Kak pojivdietie?*[9]

Ella, tendida a su lado, también jadeaba. Pero con voz rota, temblorosa, dio señales de ser algo más que un simple cadáver caminando:

—*Ia nié zndiou… Spasíbo… Spasíbo…*[10]

—Después de todo, es usted humana… y creo que vive como cualquiera de nosotros —suspiró Brian, agotado—. Lo del ataúd no lo entiendo aún…, pero espero entenderlo alguna vez, señora…

Minutos más tarde, con la ayuda del comandante Klein y del comisario Heinzel, lograba descender al vagón llevando consigo a la señora Podkov, temblando de pies a cabeza. La cubrieron con una manta, dominando su estupor y aprensión. El doctor Villiers y el propio Janos Podkov fueron llamados de inmediato. El médico fue el primero en acudir y atender a la misteriosa dama pese a su extrañeza y desconcierto.

Su veredicto, tras hablar con la mujer en breve tiempo y examinarla a fondo, fue concreto. Y revelador para todos:

—No hay nada que temer. Ni supersticiones ni historias de ultratumba, señores. Está totalmente viva y sana, aunque a punto de sufrir una congelación y, eso sí, muy desnutrida.

—Pero por todos los diablos, doctor, ¿cómo viajaba en un ataúd y salió de él? —se quejó el comisario Heinzel con perplejidad.

—Es muy simple, señores. La señora Podkov padece una rara y antigua enfermedad, ya casi en desuso: catalepsia.

—¡Catalepsia! —repitió Brian, sorprendido—. Era eso…

—Sí. Muerte aparente —corroboró el médico francés—. La creyeron muerta y la introdujeron en ese féretro. Fue una suerte para ella, porque de otro modo hubiera despertado de su letargo cataléptico bajo tierra… Al despertar aquí, con el ataúd no del todo ajustado, pudo salir, romper el embalaje y huir, aterrorizada. Sufre un tremendo *shock* emocional, lógico en tales circunstancias. Pero su salud es ahora buena. La historia del fantasma del Orient Express ha quedado despejada ya de un modo lógico, amigos míos…

Podkov llegó poco después, y enterado de todo, rompió a llorar, abrazándose a su esposa, que también sollozaba llena de emoción. Dejaron a ambos en la cabina del búlgaro, convertida ahora en compartimento para dos, tras la extraña y macabra aventura vivida

por la pareja en el que parecía fúnebre viaje final para la señora Podkov.

—Si se resolviera tan fácilmente el otro misterio… —se quejó Heinzel, mientras los dos policías y Brian se encaminaban al coche-restaurante, cerrado ya al público, para tomar una copa reconfortante—. Pero eso es diferente. Muy diferente…

—Hemos encontrado el álbum fotográfico de ese artista asesinado, el Gran Maxwell —explicó el comandante Klein tras servirles unos brandis en el coche-comedor—. Ese hombre viajó mucho por todo el mundo, a lo que se ve. Tiene fotografías en Bangkok, en Singapur, en Ceilán, en Nueva York, en El Cairo, en Moscú, en Ottawa… ¿Quiere verlas, Jefford?

—Bueno, nunca viene mal echar una mirada al pasado. ¿Dónde tenía Maxwell ese álbum?

—Muy bien guardado, bajo el colchón de su litera. La señorita De Souza, su *partenaire*, dice que eso es muy raro, porque él lo guardaba en su maletín. Y por cierto que el maletín está muy revuelto, como si alguien hubiera buscado furiosamente en él, pero el álbum de fotografías se halló bajo el colchón al revisar la cabina trágica.

Trajeron el álbum, mientras Brian mostraba un renovado interés por ver aquellas fotografías. Como esperaba, la mayoría eran tomadas en carpas de circo y escenarios, durante actuaciones del Gran Maxwell. Había otras en lujosos hoteles o ante monumentos artísticos, como el Taj Mahal en la India, las ruinas y templos de Bangkok o la catedral de San Basilio en Moscú. No faltaban tampoco vistas de la Torre Eiffel, el Parlamento de Londres con su Big Ben o el Coliseo romano.

Brian revisó las fotografías minuciosamente. Buscaba algo en ellas, y ni siquiera sabía el qué. ¿Por qué las ocultó tan celosamente Maxence Van Eyssen antes de morir? ¿Por qué, al parecer, las buscó *alguien* en su maletín?

Vio a las distintas *partenaires* del artista, para terminar con la pelirroja y exuberante Yvonne de Souza. Y amigos, compañeros y colegas de asesinado domador.

Prestó especial atención a una fotografía en Nueva York. Arrugó el ceño. Se veía al fondo la Estatua de la Libertad. En un barco, en las cercanías de la ciudad, navegaba el Gran Maxwell, bastante más

joven. A su lado, algunas personas sonrientes, en típica pose fotográfica. El domador tenía apoyadas sus dos manos sobre los hombros de una niña cubierta con un gorrito. Estudió aquella fotografía, pensativo. La niña tendría unos doce o trece años. Le resultó vagamente familiar, sin saber la razón. Cerró el álbum con un suspiro.

—No veo nada especial aquí —dijo—. Sólo la historia de una vida de artista.

—Pienso igual —refunfuñó Heinzel malhumorado—. Ni una pista. Nada en ninguna parte, Jefford. Y este maldito tren, cada vez más frío e incómodo. Esperan tener arreglada la calefacción antes del amanecer. Veremos si eso es cierto…

Brian asintió, apurando su copa y despidiéndose de ambos policías para retirarse a descansar. Regresó a su vagón y abrió la puerta de su cabina.

La luz, cuando menos, había sido reparada, porque todo el vagón se iluminó cuando Brian entraba en su compartimento. Su suspiro de alivio por ese hecho, se cortó a flor de labio. Demudado, contempló con horror la escena.

Había alguien en su cabina. Alguien que no tenía por qué estar allí.

Estaba allí, sentado en el suelo, junto a su litera, apoyada cabeza y espalda en el mueble que ocultaba el lavabo, junto a la ventanilla. Sólo que no podía verle a él ni a nadie.

Estaba muerto. Muerto de un tajo tremendo, de oreja a oreja, que casi le había desangrado totalmente, como a un cerdo en el matadero. Por si eso fuera poco, sus ojos habían sido vaciados brutalmente, y el líquido de sus córneas formaba un denso coágulo en cada pómulo y mejilla, mezclado con sangre negruzca.

—Dios mío… —jadeó Brian roncamente, apoyándose en la pared —. ¡Terence Boyd! Le han asesinado…

Giró la cabeza, atraída su atención por algo. Le sacudió un espasmo de terror. La puerta de comunicación con la cabina de Oriana Vetri estaba abierta. Eso no podía significar nada bueno.

Se precipitó hacia el compartimento vecino, lanzando un grito de alarma:

—¡Oriana! ¡Oriana! ¿Qué le ocurre, por el amor de Dios?

* * *

Oriana no respondió. Nadie lo hizo.

Estaba vacío. De la hermosa y sofisticada morena de piel broncínea y negros cabellos, ni el menor rastro. La cabina era demasiado reducida para necesitar buscar a nadie. Oriana Vetri no estaba allí. Los ojos de Brian, de inmediato, fueron atraídos por un detalle escalofriante.

¡El pestillo de la puerta que comunicaba a su vez con la cabina de Nanette Renant, estaba descorrido! Un sudor frío invadió su cuerpo al imaginar cosas terribles.

—¡Nanette! —su voz tembló de angustia—. ¡Nanette, Dios mío…!

Tiró de la puerta de comunicación, sólo practicable cuando viajaban familiares en dos cabinas contiguas. Como temía, ésta cedió. Su temor subió de grado. También estaba abierta por el lado opuesto…

Esta vez no halló un compartimento vacío. Su horror creció más aún al descubrir la mancha de cabellos dorados en el suelo, el cuerpo encogido sobre la alfombra, junto a la litera…

—¡Nanette! —aulló, precipitándose hacia ella y temiendo lo peor al volverle el rostro hacia él, esperando encararse con el pavoroso espectáculo de una garganta hendida, de unos ojos vaciados…

Por fortuna, no era así. Había sangre, ciertamente, sangre seca que brotaba de la sien y cuero cabelludo de la joven y corría por su rostro, pero en seguida advirtió que estaba viva. Inconscientemente, pero con vida. Respiraba lenta, pesadamente, y estaba muy pálida, eso sí.

Salió con ella en brazos al corredor y gritó a pleno pulmón:

—¡Conductor, pronto! ¡Busque ayuda, llame al doctor Villiers! ¡Hay una mujer malherida y un hombre muerto! ¡Vamos, apresúrese!

Somnoliento, abotonando su guerrera, el conductor del coche-cama salió al pasillo despavorido, contemplando con horror a Brian y su dulce carga. Rápido, desapareció pasillo adelante, mientras las puertas de otras cabinas se abrían apresuradamente.

Minutos más tarde, el doctor Villiers atendía a la joven en

presencia de los dos policías europeos. Tras un examen minucioso, lavó y desinfectó las heridas, cubriéndolas con apósitos y acostó a la joven en su litera.

—No es nada serio —dijo—. Pero pudo serlo. Heridas, desgarros en la piel y cuero cabelludo, hechos con algo muy incisivo y cortante. Ha perdido bastante sangre la infortunada joven, pero de todo eso saldrá bien, no se preocupe. ¡Cielos, vaya nochecita! Y por si todo esto fuera poco, otro fiambre en su cabina, señor Jefford…

—Así es —afirmó Brian roncamente—. ¿Qué vino a hacer Boyd a mi compartimento? ¿Por qué le asesinaron allí?

—Y… ¿dónde está la señorita Vetri? —quiso saber el comisario Heinzel con sarcasmo—. Ese es el mayor enigma de todos. No aparece por parte alguna.

—Me temo que ella mató a Boyd —dijo calmosamente Brian.

—¿Qué? —el comisario le miró, estupefacto—, ¿esa dama?

—Sí. Oriana Vetri pudo haberlo hecho. Y atacar luego a Nanette. Lo que me pregunto es adónde ha podido huir después… La nieve nos rodea, el tren está inmovilizado en esta llanura… A menos que contase con un cómplice y un vehículo en alguna parte…

—Mire, ya vuelve en sí —dijo el comandante Klein señalando a Nanette Renant—. Tal vez esa joven pueda aclararnos algo de este misterio…

Brian se arrodilló junto a la litera de Nanette y la acarició la frente con suavidad. Ella suspiró, abriendo sus ojos, que fijó en él con repentino temor. Se aferró a su brazo, angustiada.

—¡No me dejes! —gimió—. ¡No me dejes, Brian! Esa mujer…, esa horrible mujer…

—Calma, querida. No te dejaré. Cuéntanos lo sucedido. ¿A qué mujer te refieres?

—A esa vecina de cabina… Oriana Vetri… Me pidió entrar con urgencia… Dijo que era cosa de vida o muerte. La abrí sin sospechar nada… Y me atacó. Llevaba un cuchillo ensangrentado en su mano. Parecía fuera de sí, los ojos desorbitados, temblorosos… Grité, alarmada. Me atacó entonces. Dijo cosas horribles, me golpeó… Y sentí cortes en mi cabeza… Perdí la noción de todo, las cosas empezaron a girar a mi alrededor, la sangre salpicó mis manos, y perdí el sentido. Antes la oí decir obscenidades, amenazas horribles, como «¡Mataré a todos! ¡Nadie va a descubrirme!

¡Acabaré con todos!». Creo que reía cuando perdí el sentido, Brian. Fue espantoso, espantoso…

—Te comprendo, querida —la acarició Brian los cabellos con dulzura y se incorporó—. Cálmate, no vamos a dejarte sola ya en todo el tiempo… De modo que Max tenía razón. El asesino está loco, él lo dijo… Debió saber, además, *quién* era ese demente… y le costó la vida.

—¿Adónde ha podido ir esa mujer ahora? —gruñó Klein—, es un peligro para todos…

—No sé. Habrá que buscarla por todas partes —suspiró Brian—, veamos ahora su equipaje. Tal vez en él hallemos la clave de todo este enigma, caballeros…

Entraron en el compartimento de la inquietante mujer. Brian revisó, con los dos policías, las maletas de la que fuera compañera suya de viaje. En un maletín aparecieron los primeros indicios esclarecedores: una copia de una carta dirigida al coronel Wessley Arlington a su domicilio de París, con el anuncio de un premio concedido por cierta entidad llamada European Travels en un concurso. El premio consistía en un viaje en el Orient Express para aquella fecha concreta. Junto con eso, copia de otra carta, en la que un desconocido gerente de la entidad «amigos de América», en París, obsequiaba a Terence Boyd con un viaje a Estambul de ida y vuelta en el mismo tren. Al parecer, se quería rendir un homenaje, en Estambul, «a los antiguos miembros de la abogacía y la justicia de los Estados Unidos».

—De modo que Terence Boyd fue juez antes que político… —meditó Brian en voz alta—. Su presencia en este tren, junto al coronel, no era casual. Ambos fueron invitados por Oriana Vetri. Pero ¿por qué?

—¿Y para qué? —indagó Heinzel.

—Eso está bien claro, comisario: para asesinarles. Veamos si aparece algo más por aquí…

Apareció. Y era la clave final de todo el macabro y horrible caso. Consistía en una serie de viejos recortes de periódicos. Eran ejemplares editados en Nueva York en 1897, trece años atrás. Los titulares eran reveladores:

EL JUEZ BOYD CONDENA A LA ACUSADA A LA PENA CAPITAL.

ODILE VETRI, EJECUTADA EN LA SILLA ELÉCTRICA. LA ASESINA QUE VACIABA OJOS, MUERE AL FIN. SE HACE JUSTICIA CON UNA FEROZ CRIMINAL DEMENTE.

Esos recortes eran seguidos por otros muy distintos de encabezamiento:

SE DESCUBRE EL TRÁGICO ERROR JUDICIAL. ODILE VETRI FUE AJUSTICIADA POR ALGO QUE NO HIZO. EL JUEZ SE EQUIVOCO AL CONDENAR A UNA INOCENTE. ENFERMO MENTAL EN LA AGONÍA CONFIESA SER «EL VACIADOR», EL SÁDICO ASESINO DE NUEVA YORK QUE VACIABA LOS OJOS DE SUS VICTIMAS. DEMASIADO TARDE, SE CONOCE LA VERDAD. EL JUEZ BOYD DIMITE DE SU CARGO IRREVOCABLEMENTE.

—Una vieja y terrible historia, caballeros —susurró Brian, demudado—. Un asesino de hace trece años, confiesa unos crímenes que ya había pagado otra persona, una mujer inocente, a quien los psiquiatras americanos declararon enferma mental y un juez sentenció a la silla eléctrica. Pero ese juez, Terence Boyd, no soportó el peso de su tremendo error y abandonó el foro judicial para ser sólo político y olvidar. Alguien no olvidó: tal vez una hija de Odile Vetri, llamada Oriana. Ella, trece años más tarde, citó aquí a Terence Boyd para ajusticiarle a su modo.

—¿Y al coronel Arlington?

—Aquí se cita su nombre —Brian golpeó los recortes—. Fue testigo de cargo en el proceso. Él mismo nos lo dijo aquella primera noche en el tren, sin pensar que se lo decía a la hija de su propia víctima. Creyó identificar en el agresor de una de las personas muertas en Nueva York por entonces, a Odile Vetri. Otro error lamentable. Por eso ambos se encontraron aquí, astutamente citados por la hija de su víctima. Y ésta hizo justicia a su manera…

—Queda lo de El Gran Maxwell… —apuntó Klein.

—Oh, claro —Brian mostró uno de los recortes al comandante—. Vea lo que aparece impreso aquí, junto a las noticias del trágico suceso. Es casual, pero revelador…

Miraron los dos policías lo que señalaba Brian. Era un anuncio

recuadrado, del Circo de Invierno de Nueva York. Aparecía claramente el nombre de una de sus atracciones: «El Gran Maxwell», con su espectáculo de ilusionismo y fieras salvajes.

—Él recordó el viejo asunto, al ver a la víctima con los ojos vaciados, sin duda alguna —murmuró Brian lentamente—, lo peor para él es que también recordó a una niña de entonces, hoy día mujer: Oriana Vetri. El nunca olvidaba una cara. Y cuando quiso revelarlo, ella lo sospechó y le eliminó como a los demás…

—Dios mío, qué trágica historia… Ahora esa mujer, tras acabar con Boyd, está en el paroxismo de su demencia criminal y puede ser capaz de cualquier cosa…

—Tal vez el único error fue atribuir los crímenes a su madre, pero Odile Vetri sí debía de estar loca… y su hija heredó esa tara. Trece años más tarde, ha cumplido su terrible venganza y, como una actriz en el acto final de la tragedia, ha hecho un mutis espectacular y violento. Suerte que Nanette salvó su vida de ese ataque feroz…

—Ahora, sólo queda algo por hacer —suspiró el comandante Klein—: Dar caza a esa asesina, esté donde esté. La cacería comienza ahora mismo, Jefford. ¿Va a ayudarnos en ella?

—Si —afirmó Brian rotundamente—. Vamos allá, caballeros. Cuanto antes demos con esa peligrosa mujer, tanto mejor.

CAPÍTULO VIII

Yvonne de Souza se sentó ante el silencioso Brian Jefford, éste alzó su cabeza de la taza de café que estaba tomando. Ni siquiera probaba las tostadas con mermelada y mantequilla que completaban su desayuno.

—Buenos días —saludó tímidamente la pelirroja muchacha ocupando el asiento frente a él—. ¿Le molesto aquí, Brian?

—No, claro que no —negó él distraído, contemplando ahora el lívido amanecer que convertía en azulado el blanco manto de la nieve allá fuera. El coche-restaurante había recuperado en parte su confort habitual, gracias a que la calefacción ya funcionaba. El maharajá de Kamalpur, excepcionalmente, ocupaba una mesa con dos de sus mujeres y un sirviente, desayunando en silencio, con gesto huraño.

—No encontraron a esa horrible mujer, ¿verdad? —preguntó ella con suavidad.

—¿A Oriana Vetri? No, no la encontramos —suspiró Brian moviendo la cabeza de un lado a otro—. Debió escapar de alguna forma. Tal vez un cómplice la esperaba con un vehículo ahí fuera, no sé… El tren y los alrededores han sido minuciosamente registrados sin hallar rastro de ella. Sólo Dios sabe dónde estará ahora…

—¿Cree que acabarán por encontrarla?

—No lo sé. Es astuta, muy astuta. Todos los locos lo son. Dentro de dos o tres horas llegará un tren especial para llevarnos de regreso a Viena, y allí tomar otro Orient Express, mientras reparan las vías dinamitadas. Tal vez la policía austrohúngara en movilización de con su rastro. Confiemos en ello, Yvonne.

Ella asintió, tomando su café con lentitud. Fuera, la luz matinal se iba intensificando lentamente sobre el duro paisaje blanco y hostil. El calor en el coche-restaurante aumentaba confortablemente

por momentos.

—Tengo algo que decirle, Brian —habló Yvonne de repente, dejando caer su cucharilla en el plato.

—¿Sí? —Jefford enarcó las cejas, mirándola con fijeza—, ¿qué es ello?

—Max dejó algo para mí antes… antes de morir —susurró la joven con su timidez habitual. Y respiró tan hondo, que sus pechos poderosos vibraron inquietos bajo su blusa.

—¿Ah, sí? —el tono de Brian era tenso—. ¿Por qué me lo dice ahora?

—Yo misma lo ignoraba. Lo encontré en mi neceser, al arreglarme esta mañana. Es un sobre escrito de su puño y letra. Debió dejarlo allí por si algo le ocurría. Se lo he traído a usted.

—¿Por qué, Yvonne? ¿Por qué a mí y no a la policía?

—Porque Max confiaba en usted, no hay duda —sonrió la joven. Y buscó en su ropa, extrayendo un sobre que puso en manos de Brian con rapidez, tras una furtiva mirada en torno suyo—. Va dirigido a mí, pero para que se lo entregase a usted, si algo le ocurría a él.

—Entiendo —Brian lo guardó rápido en su chaqueta—. Gracias, Yvonne. Espero que sea algo interesante de veras.

—¿No va a abrirlo?

—No, no aquí. Lo haré en cuanto salga, en lugar discreto. No diga a nadie nada de esto.

—Desde luego que no —aseguró ella, volviendo la atención a su desayuno.

Brian se excusó minutos después, abandonando el coche-restaurante. Se metió en el lavabo inmediato y cerró tras de sí. Extrajo el sobre; como dijera Yvonne, Max lo había escrito de su puño y letra: «A Yvonne. Para entregar a Brian Jefford si algo me ocurre».

Lo rasgó. Había dentro un papel escrito y una cartulina brillante, amarillenta. Leyó el texto:

> *«He recordado, amigo Jefford. Es terrible, pero creo que es la verdad. Es una vieja historia de un error judicial, allá por 1897 en Nueva York. No le costará encontrar detalles de ella. Ya le dije que nunca olvidó una cara, ni siquiera la de una niña. Vea esta*

fotografía. Creo que ella sospecha ya de mí y me vigila. Es muy lista. Y si estoy en lo cierto, está loca. Peligrosamente loca. Si aún vivo cuando vea esto, venga a verme. Si no… haga lo que crea oportuno, amigo mío. Max».

Brian miró la cartulina. Era una vieja fotografía. Había visto antes a aquella misma niña: en un barco, frente a la Estatua de la Libertad, en compañía del Gran Maxwell. Pero esta fotografía era mejor. Más nítida. Y la niña no llevaba gorrito. Estaba abrazada a una mujer. Max había escrito con su propia mano sobre la foto: «Odile Vetri y su hija, en 1897, en Nueva York».

Brian contempló aquella vieja imagen captada por el objetivo fotográfico.

Y supo por qué habían asesinado al Gran Maxwell. Supo todo lo que ignoraba hasta entonces. El último eslabón de la cadena estaba allí, ante sus ojos.

* * *

—No se preocupe por nada, Jefford. Todo está en orden. ¿Viene usted a relevarme?

—Sí, comisario Heinzel —sonrió Brian—, puede irse. Yo me quedaré vigilando a la señorita Renant. Es hora de desayunar.

—Gracias, Jefford —resopló el policía prusiano—. Estoy deseando que termine todo este endiablado asunto… Creo que el tren de socorro ya no tardará mucho…

—En efecto, espero que no —dijo, entrando en la cabina.

Nanette estaba muy recuperada. Sentada en la litera, le sonrió con alivio al verle aparecer. Estaba tapada con una toquilla y hojeaba una revista de modas francesa.

—Oh, Brian, querido… —musitó tendiéndole los brazos—, al fin llegas…

—Sí, Nanette —se sentó en la litera y apretó sus manos, pálidas y frías—. El comisario tenía apetito ya. Se ha sentido muy feliz del relevo.

—Os estáis tomando demasiadas molestias por mí —murmuró ella apagadamente—. ¿De veras crees que corro algún peligro?

—Nunca se sabe. Esa mujer sigue sin aparecer.

—¿Cómo puede haberse desvanecido en el aire? —musitó Nanette, con gesto de infantil perplejidad.

—Es un misterio. Parece imposible evadirse de este lugar, pero ella lo hizo.

—¿De verdad está loca?

—Sí, Nanette. Como lo estuvo su madre.

—¿Su madre? —pestañeó Nanette.

—Así es. Odile Vetri fue condenada a muerte por algo que no hizo. Pero sí era una enferma mental. Y ese mal se hereda muchas veces. La locura y el afán de venganza unidos hacen una mala mezcla. Muy peligrosa. Oriana Vetri lo ha demostrado sobradamente.

—No comprendo nada, Brian. Ella parecía furiosa, pero asegurar que esté loca…

—Ella quiso vengarse de quienes creía responsables de la muerte de su madre, asesinándoles del mismo modo que ellos atribuyeron a la difunta Odile Vetri. Ese es otro rasgo de demencia. Nadie degüella así a sus víctimas y vacía luego sus ojos, Nanette. A menos que esté rematadamente loco.

—Pero Brian, entonces, ¿qué tiene que ver todo ese horror con mis visiones de una cabeza colgando, con las órbitas ensangrentadas?

—Un especialista en esas cosas diría que hubo cierta telepatía o transmisión de pensamiento entre Oriana Vetri y tú, Nanette… O que tus tíos de Reims te drogaban de alguna forma para hacerte ver lo que no existía. El comisario Heinzel se ocupa ya del asunto, no temas. En colaboración con la policía francesa, ha solicitado por telégrafo la detención de tus tíos de Reims para ver si tienen parte en lo que te sucede.

—¿Mis tíos? —demudada, ella se irguió en el lecho—. Cielos, Brian, no. ¿Por qué molestarles a ellos, pobre gente?

—¿Qué te pasa? ¿Temes algo si arrestan a tus tíos? —preguntó Brian.

—No, pero… no puedo creer que ellos tengan relación alguna con mis visiones.

—Nanette, ¿es que te preocupa que descubran que ellos *no son tus tíos*?

—¿Qué dices? —boqueó ella, estupefacta, clavando en él sus azules ojos.

—Cuando una persona inventa una personalidad, puede inventar también una familia que no sea sino gente asalariada para representar un papel. Eso es lo que hubiera hecho en tu lugar Oriana Vetri, la asesina.

—Por Dios, Brian, no hagas bromas horribles. Ella es una criminal. Y yo…

—Tú eres la dulce y frágil Nanette Renant, la bailarina Lydia Ophuls, lo sé —sonrió Brian sin pestañear—. Es curioso, pero ¿no fue la primera vez que, en todo este viaje, viste a Oriana Vetri frente a ti? Me refiero a cuando te atacó…

—Pues sí, creo recordar que sí… Ella no salió mucho de su cabina…

—Y cuando ella salía a cenar conmigo o a charlar, tú estabas encerrada en tu propia cabina. Curioso, ¿no? La verdad es que NUNCA OS VI JUNTAS A LAS DOS. Ni creo que nadie lo hiciera, Nanette.

—Eso sí que tiene gracia. Creo que dices la verdad. Brian.

—Claro que la digo. Dos mujeres tan distintas… Vecinas una de otra, vecinas ambas de mí. Y nunca coincidisteis, ni un solo instante. Morena, pasional, ardiente y sofisticada Oriana Vetri. Rubia, pálida, suave y frágil Nanette Renant. Nadie podría nunca imaginar ni remotamente que fuesen UNA MISMA PERSONA, ¿verdad, Nanette?

—Qué bromas más espantosas, Brian —se quejó ella, estremeciéndose con sus azules ojos muy abiertos—. ¿Por qué no dejas de decir cosas atroces? Casi llegaste a convencerme de que hablabas en serio.

—Nunca hablé más en serio en mi vida, Nanette… ¿O prefieres que te llame Oriana? Tus supuestas pesadillas y alucinaciones eran un buen truco para crear ya un clima de tensión y zozobra en este tren desde el principio… Debiste inquietar bastante a tus futuras víctimas. Eso es lo que querías, ¿no? Torturarles moralmente, asustarles, preocuparles poco a poco, hasta llevarles a un clima de exasperación e incertidumbre, que terminaría con la muerte violenta, espantosamente sanguinaria…

—Brian, empiezas a asustarme… ¿Qué pretendes decir con todos

esos disparates?

—No son disparates, Nanette. He estado ciego. Ciego por ti, por tu aparente dulzura e ingenuidad. No podía comprender que si la exótica Oriana era una representación teatral, también lo era en otro sentido tu propio papel de desvalida. No estabas casualmente en este viaje. Tú lo planeaste todo. Habías creado tu falsa personalidad de Nanette Renant-Lydia Ophuls, pero jamás pudiste engañar a alguien que te conocía ya desde niña, en Nueva York: El Gran Maxwell. Él recordó que la hija de Odile Vetri era rubia y pálida, no morena y exuberante. Maquillaje oscuro, peluca negra, unas gafas siempre oscuras para ocultar tu color de ojos, guantes trucados, con malla y debajo un segundo guante como piel, en color broncíneo, te daban un aire distinto. Pero tú representabas los dos papeles, por eso necesitabas cabinas contiguas. Y una coartada: yo. Siendo amigas ambas de mí, ¿quién sospecha que las dos eran una sola? En tu equipaje, el único no registrado porque no eres sospechosa, debes llevar todos los falsos atributos de Oriana Vetri: sus ropas, maquillajes, postizos de cuerpo, pelucas y demás, ¿no es cierto? Eres muy buena actriz: una voz grave para Oriana, una voz difusa para ti… Pero yo vi algo *familiar* en Oriana la primera vez que la vi. ¿Por qué, si yo jamás conocí a su madre? Porque me recordaba *a ti.* Creo que Max sospechaba hace tiempo tu juego. Guardaba fotos de entonces. Una, tuya con tu madre, hecha en el Circo de Invierno de Nueva York, durante una representación de su número. Allí se veía una niña rubia, de ojos claros… Tú, Nanette —mostró la foto de Max bruscamente—. Ahí es fácil reconocerte. Pero registrar tu equipaje será mejor prueba de que Odile Vetri jamás abandonó este tren… Me engañaste, Nanette. Me hiciste creer en ti, enamorarme de ti, incluso… Y ahora descubro que eres una pobre enferma homicida…

—¡No estoy loca! —rugió la frágil danzarina de repente, con una voz harto parecida a la de Oriana Vetri—, ¡juro que no estoy loca, maldito seas! ¡Sólo deseo ser Nanette Renant, sólo ella, y olvidar para siempre a Oriana Vetri y su maldito lastre de odios!

—Dios mío, es eso… Doble personalidad… Esquizofrenia criminal. Nanette…, querida. Lo siento. Tengo que informar a la policía. Éste sí es el fin de la historia…

—¡Noooo! —chilló agudamente Nanette pegando un repentino

salto en su lecho—. ¡No lo harás! ¡Serás de Nanette Renant o de nadie! ¡Ni siquiera Oriana Vetri te pudo apartar de mí, tú lo dijiste!

Y de entre las sábanas, Nanette extrajo un largo, afiladísimo cuchillo, delgado como un estilete, sutil como un bisturí, y se precipitó sobre Brian Jefford con la furia y la fuerza de una demente en el paroxismo de su locura…

Brian la logró reducir violenta, duramente, doblando su brazo a la espalda, porque estaba en guardia esperando algo así. Ella chilló de dolor, pero siguió doblando hasta que el arma chocó sordamente en la alfombra de la cabina. Nanette tenía sus ojos llameantes de odio y cólera. La arrojó contra el lecho. Y tiró de la alarma de la cabina. El timbre estruendoso retumbó en todo el tren.

El conductor apareció de inmediato, con ojos desorbitados. Contempló asombrado la escena. Nanette, la dulce Nanette, blasfemaba furibunda, con el rostro congestionado y la boca espumeante, tratando de atacar de nuevo a Brian Jefford.

Éste la retuvo, con la ayuda del conductor, hasta que la policía acudió. Incluso esposada, siguió forcejeando, insultando, pronunciando obscenidades. El doctor Villiers pudo inyectarle y poco a poco cedió, hasta desplomarse inconsciente.

—Dios mío, pensar que esa jovencita era la asesina… —jadeó el comandante Klein tras comprobar que el equipaje de Nanette contenía todas las ropas y postizos de Oriana Vetri—, ¿quién es ella, realmente?

—Siempre fue Oriana Vetri, simplemente, hija natural de una mujer ajusticiada en Nueva York hace trece años —suspiró Brian lentamente—, pero al tener dos personalidades, la de Nanette cobró tal fuerza que se odiaban entre sí ambas, siendo una misma. Es algo frecuente en los esquizofrénicos, según el doctor Freud, un admirado del difunto Maxence Van Eyssen. Cuando se atacó a sí misma para fingir la fuga de Oriana Vetri, se hizo más daño del normal porque en su locura nacía el odio entre ambas como si fuesen mujeres distintas. Ahora, sólo Dios sabe lo que será, una vez en un manicomio… Pero eso ya no es cosa nuestra, comandante… Para mí, al menos, la pesadilla ha terminado. Dolorosamente, porque sentía algo especial por esa muchacha…, pero ha terminado. Es mejor que haya sido ahora que no más tarde, cuando no tuviera remedio…

—Y ahora…, ¿qué va a hacer?

—Volver al coche-restaurante y tomarme un par de copas —suspiró Brian, encogiéndose de hombros—. Y si sigue allí una pelirroja bastante atractiva llamada Yvonne…, pues no sé… Tal vez empezar de nuevo para olvidar antes. Este viaje es largo todavía. Y tendré una nueva compañera en él… Creo que eso será lo mejor.

Se alejó, pasillo adelante. Pensativo, abstraído. También abatido, triste.

Tenía motivos para ello. No era un final feliz. Pero era un final.

Y cuando algo termina, siempre hay algo que puede empezar…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero de 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

Notas

[1] En ruso, «hasta la vista». (Nota del Autor). < <

[2] En ruso, «buenas noches, señor Jefford». (Notas del Autor). < <

[3] Alsacia (y Estrasburgo, por tanto), eran territorio alemán hasta finales de la Primera Guerra Mundial. (N. del A.). <<

[4] En alemán, «muy hermosa». < <

[5] «Cariño, ¿cómo estás?», en ruso. < <

[6] «¡Es imposible!», en ruso. < <

[7] Se refiere, naturalmente, al doctor Sigmund Freud. padre del psicoanálisis. (N. del A.). <<

[8] En ruso: «¡Venga, venga! ¿Adónde va? ¡Venga!». < <

[9] En ruso: «Señora, ¿cómo se encuentra?». < <

[10] En ruso: «No sé… Gracias, gracias…». < <